POESÍAS

QUE DA A LUZ

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

HABIÉNDOLAS JUZGADO MERECEDORAS DE MENCION HONORIFICA ENTRE LAS PRESENTADAS AL CERTÁMEN EXTRAORDINARIO, ABIERTO POR LA MISMA REAL ACADEMIA

PARA CONMEMORAR LOS TRIUNFOS DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS

EN LA GUERRA DE ÁFRICA.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

POESÍAS

QUE DA Á LUZ

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

HABIÉNDOLAS JUZGADO MERECEDORAS DE MENCION HONORÍFICA ENTRE LAS PRESENTADAS AL CERTÁMEN EXTRAORDINARIO, ABIERTO POR LA MISMA REAL ACADEMIA

PARA CONMEMORAR LOS TRIUNFOS DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS

EN LA GUERRA DE ÁFRICA.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

AUTORES DE LAS SEIS OBRAS

QUE COMPONEN ESTA COLECCION.

El Excmo. Sr. Baron de Andilla.

El Sr. D. José María Ruiz de Somavía.

El Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro.

El Sr. D. Miguel Agustin Príncipe.

El Sr. D. Julian Romea.

El Sr. D. Raimundo Miguel.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

ACTA

de la Sesion pública celebrada ante S. M. la Reina y su Augusto Esposo por este Cuerpo literario, en el Real Conservatorio de Música y Declamacion, para la solemne declaracion del resultado del certámen extraordinario, abierto por la misma Academia con el objeto de conmemorar las glorias de nuestras armas en la guerra de Africa, y entregar la medalla de oro, y certificaciones que se expresarán, á los autores de los ocho poemas más notables (1).

El dia 30 de Mayo próximo pasado, á las nueve de la noche, hora designada por S. M. la Reina (que Dios guarde) para dar principio á dicha solemnidad, entraron en el salon SS. MM., precedidas por la Comision de la Academia, nombrada de antemano para tener la honra de recibirlos al apearse del carruaje y despedirlos del mismo modo luégo que concluyese la ceremonia. La marcha Real, ejecutada por profesores del Conservatorio, anunció su llegada al brillante concurso que llenaba todo el ámbito del salon. Sentados SS. MM. en los regios sillones preparados al intento, y obtenida su vénia, el Excmo. Sr. Marqués de Corvera, Ministro de Fomento, á quien correspondia presidir á la Academia en acto tan solemne, pronunció el discurso que sigue:

«Señora: Muy grato es sin duda para V. M. el venir á este recinto á distribuir los premios que vuestra Real Academia Española concede á los cantores de la guerra de África, de esa

(1) Se ha creido conveniente encabezar la presente coleccion con el solemne documento en que se resume la historia del certámen extraordinario.

guerra que ha dejado tan bien puesto el honor nacional, que tanto nos ha enaltecido á los ojos del mundo, y que es reflejo insigne de aquella lucha tenaz que sostuvieron nuestros padres con los agarenos por espacio de ocho siglos: epopeya sublime, á la cual debemos nuestras glorias, nuestra poesía, nuestras costumbres, nuestras virtudes y los rasgos todos que distinguen á la noble nacion española.

»Y si es grato á V. M. este literario y patriótico acto, ¿cuánto no lo será para los poetas que van á recibir el premio de vuestras augustas manos! Las honras públicas que se conceden á los cantores de las grandes y nacionales hazañas, inmortalizan á la vez á los héroes que las realizaron y á los vates que las enaltecieron. Recordando los insignes caudillos de la Grecia en el sitio de Troya, sin querer recordamos tambien al grande Homero; y al traer á la memoria el combate de Lepanto y la colosal figura de D. Juan de Austria, consagramos naturalmente un afectuoso recuerdo al célebre Herrera, que á un tiempo eternizó su propio nombre y la gloria de la más alta ocasion que vieron las pasadas edades. Así tambien cuando las venideras recuerden los admirables triunfos de la campaña de África, no podrán ménos de enlazarlos en su mente con los nombres de Cervino y de Arnao. Yo los felicito, Señora, y me atrevo á recomendarlos muy especialmente á V. M. Ambos son poetas ilustres y excelentes funcionarios públicos. Ambos me son muy conocidos, pues me lisonjea hace muchos años la amistad del primero, y el segundo es hijo de una ciudad de gratos recuerdos para mí, y donde tengo mis más dulces y caras afecciones.

»Señora: Al considerar el incremento que han tomado entre nosotros la agricultura, la industria y el comercio, el gran desarrollo de las obras públicas, el noble afan con que la juventud se entrega al estudio de las Ciencias y de las Bellas Artes, haciendo en unas y otras maravillosos adelantamientos; al contemplar el feliz arrojo y el admirable acierto de vuestros Capitanes, la constancia, sufrimiento y heróico valor de vuestros soldados, que no han bastado á entibiar ni penalidades sin cuento, ni contínuas y deshechas borrascas, ni espantosas epidemias, llénase de con-

suelo el corazon, viendo que, tras largos dias de desventura, ha sonado ya la hora de la regeneracion de nuestra patria. Para mí la guerra de África es la aurora de un bello dia. Á sus glorias sucederán otras glorias, y á estos merecidamente laureados poetas otros tan dignos como ellos de imperecedero renombre, merced á los constantes y eficaces estímulos que prodigará vuestra Real Academia Española.

»Señora: Con el fecundo impulso dado á los espíritus, con la decidida proteccion que V. M. dispensa á los infinitos ramos del humano saber y á cuanto puede contribuir á desarrollar la riqueza pública, y con la vida y actividad que á todo prestan igualmente las instituciones que nos rigen mejorando el modo de ser de la española sociedad; nuevos y mayores prodigios admirará nuestra patria al mágico grito con que ha visto realizarse todo lo grande del presente reinado: al grito con que se emprenden y terminan gigantescas obras para fertilizar áridos terrenos, ó poner en inmediata comunicacion apartadas provincias; al grito que en los combates alcanzó siempre la victoria; al grito santo de *Viva la* REINA!»

Este viva fué repetido con entusiasmo por los concurrentes.

Acto contínuo el infrascrito Secretario perpétuo de la Academia leyó el siguiente resúmen de los trámites observados en el referido certámen:

«La campaña contra Marruécos, ya felizmente terminada, en la que tantos laureles ha ganado nuestro invicto ejército, fué desde luégo considerada por todos los españoles, sin distincion de partidos, como la más justa, la más patriótica, la más santa de cuantas empresas registran nuestros anales despues de la guerra de la Independencia, á que dió principio el heróico alzamiento de Madrid en el memorable *Dos de Mayo de* 1808. Participando del general entusiasmo la Real Academia Española, juzgó altamente dignas de ser cantadas por las musas castellanas las proezas con que ya se habian distinguido tan bizarras legiones, y las que, con confianza no desmentida, esperaba de ellas todavía la patria.

Acordó en consecuencia el dia 16 de Febrero de este año, y redactó al siguiente, el programa de un certámen extraordinario, en el cual aspirasen al premio cuantos ingenios españoles quisiesen emular en tan honrosa contienda. Este premio habia de consistir en una medalla de oro con la empresa de la Academia, 6,000 rs. en metálico y 500 ejemplares de la obra premiada; y se prometia además un *accessit*, con derecho á percibir el que lo obtuviera la cantidad de 3,000 rs. y 500 ejemplares de la respectiva composicion. Las demas condiciones del concurso fueron las de costumbre en semejantes casos; y, respecto de los plazos que para él debia fijar, pareció á esta Corporacion muy plausible el hacerlos coincidir con dias que conmemoran otros preclaros timbres de España. Señaló, pues, como término para recibir las obras, el dia 2 de este mes de Mayo, y para proclamar en sesion pública los nombres de los laureados y demas formalidades consiguientes, el de hoy 30, consagrados por la Iglesia á la festividad del ínclito conquistador de Córdoba y Sevilla, el Santo Rey D. Fernando III.

El programa se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 18 de dicho mes de Febrero.

Deseando este Cuerpo literario dar al acto presente el mayor lucimiento posible, y siendo harto reducido su salon de juntas públicas, propuso de antemano celebrarle en éste del Real Conservatorio de Música y Declamacion, cuyo Director se apresuró á facilitarlo con anuencia del Gobierno.

Si alguna prueba hubiese necesitado la Academia de la oportunidad de su pensamiento y de lo popular del asunto, lo hubiera sido el desusado número de opositores; pues, como consta en la *Gaceta* de 5 del actual, concurrieron al certámen nada ménos que 65, sin otros tres que, por haber llegado sus composiciones fuera del término prefijado, quedaron excluidos del concurso.

Para proceder la Academia con el pulso y detenimiento que requeria el exámen de tantos escritos, algunos de bastante extension; y en vista de mediar poco tiempo desde el primero al segundo de dichos plazos, nombró préviamente una Comision

compuesta de cinco Académicos, que, leyendo cada uno en particular todos los poemas, y luégo conferenciando juntos, formasen dos relaciones: una de los más notables, y otra de los que, á su juicio, no reunian dotes suficientes para disputar el premio ó el *accessit*. Leidas en Academia las composiciones de esta segunda clasificacion, fué confirmado respecto de todas ellas el dictámen de la Comision; si bien en muy pocas dejó de reconocer la Corporacion estimables condiciones literarias, y en todas vió que habian sido dictadas por el más acendrado patriotismo.

Todavía, viéndose la Academia en la necesidad, y áun en la obligacion, de ser más severa que en otro caso lo hubiera sido al adjudicar el premio y el *accessit*, por ser tantas las poesías que de la Comision habian merecido la nota de sobresalientes, ó de buena la que ménos, se acordó reducir á seis, en votacion secreta, el número de las elegibles para uno y otro lauro; y como prenda de acierto para esta votacion preliminar, todas las obras no desechadas yá estuvieron por espacio de diez dias en la sala de juntas ordinarias á disposicion de los Académicos, á fin de que cada uno las leyese por separado y á su comodidad. Miéntras este acuerdo se cumplia, se tomó (vista la afluencia de composiciones y en gracia á lo muy recomendable del tema propuesto) el de no limitar las recompensas á lo ofrecido en el programa, sino hacerlas extensivas á cierto número de menciones honoríficas, y á imprimir la Academia en coleccion las obras que tal distincion mereciesen, si á ello no se oponian los agraciados, á cada uno de los cuales se darian 100 ejemplares de la propia edicion.

Seguidos sin interrupcion los trámites convenientes, para lo cual hubo varias juntas extraordinarias; leidos de nuevo y en corporacion los seis poemas escogidos, y puestos á votacion simultáneamente todos ellos en junta de 18 del que rige, obtuvo el premio el titulado *La nueva guerra púnica, ó España en Marruécos*, su autor el Sr. D. Joaquin José Cervino, y el *accessit* el que lleva por título *La campaña de África*, escrito por el Sr. D. Antonio Arnao.

Por último, en junta de 19 de este propio mes se votaron

seis menciones honoríficas: cuatro en favor de las poesías que en el escrutinio para el premio y en el que siguió para el *accessit* no obtuvieron mayoría absoluta, y dos para las que, despues de las que optaron á dichos premios preferentes, reunieron mayor número de votos.

En la *Gaceta* del 21 se anunciaron y especificaron los referidos fallos, y se invitó á los poetas cuyas composiciones habian alcanzado dicha honorífica mencion, á prestar en el término de quince dias su consentimiento para la impresion de que arriba se ha hecho mérito, facultando á la Academia para publicar sus nombres.

Habiendo respondido todos á dicha invitacion, es llegado el momento de declarar que los comprendidos en ella son el Excelentísimo Sr. Baron de Andilla, y los Sres. D. José María Ruiz de Somavía, residente en Sanlúcar de Barrameda, D. Antonio Aparisi y Guijarro, D. Miguel Agustin Príncipe, D. Julian Romea y D. Raimundo Miguel, que reside en Búrgos.

Á todos los que han obtenido una ú otra de las expresadas distinciones y se hallan en Madrid, y asimismo al Excmo. Señor Marqués de Morante, autorizado para representar al Sr D. Raimundo Miguel, ausente, se ha convocado para asistir á esta solemnidad.

En seguida, segun el ceremonial acordado, se llamó al Señor D. Joaquin José Cervino, autor del poema premiado, y al Sr. D. Antonio Arnao, que habia escrito el honrado con el *accessit*, para leer desde la tribuna algunos trozos de sus obras respectivas, ya que su mucha extension no permitia la íntegra lectura de ellas. Á ruego de los interesados fueron suplidos para esta formalidad, el primero por el Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, y el segundo por el Sr. D. Manuel Cañete, Académicos de número uno y otro.

Inmediatamente el Excmo. Sr. Ministro, Presidente, el Excelentísimo Sr. Director de la Academia y el que suscribe se acercaron á SS. MM., que de manos del primero se dignaron recibir dos ejemplares de cada uno de los citados poemas.

Cumplidas préviamente las otras condiciones del premio y

del *accessit*, faltaba la más satisfactoria de todas para los premiados, el recibir de la Real mano de S. M. la Reina de España Doña Isabel II, el Sr. Cervino la medalla de oro, y el Sr. Arnao, así como los agraciados con mencion honorífica, cuyos nombres quedan arriba expresados, las certificaciones correspondientes. Llamados uno á uno por el Secretario, les otorgó S. M. tan señalada honra, por la cual el Sr. Cervino, en su nombre y en el de los otros ingenios laureados, leyó sumamente conmovido las cláusulas que copio:

«Señora: ¿Qué podré yo decir en tan alta ocasion, cuando siento embargado mi espíritu por el profundo respeto debido á V. M. y al Rey su Augusto Esposo (Q. D. G.); confusa mi imaginacion ante el egregio concurso de los Grandes del Estado, de los supremos Consejeros de la Corona, uno de los cuales tan bondadoso acaba de mostrarse conmigo; pasmado mi entendimiento con ver de cerca Generales insignes, que de victoría en victoria han guiado los españoles ejércitos; inundada mi alma en la más pura alegría, contemplándome favorecido con una honra que ambicionaba tanto más, cuanto ménos digno de ella me creia!

»Ah, Señora! En el instante más solemne y satisfactorio de mi vida, sé que el silencio y las lágrimas serian el mejor intérprete de los dulcísimos sentimientos que inundan en tropel mi pobre corazon, no acostumbrado á gratas emociones. Pero no soy solo. V. M. encuentra ahora, puestos á sus Reales piés, á mis hermanos, á mis maestros en el arte de pulsar la hispana lira. En su nombre hablo: nueva honra que me envanece y aumenta mi confusion.

»Ante todo rendimos gracias á Dios, Señora. Él ha dado corona de triunfos á nuestra patria, Él protege visiblemente la preciosa vida y el trono augusto de V. M., Él ha concedido los dones de prudencia y consejo á los repúblicos y á los gobernantes, de sabiduría y fortaleza al insigne Caudillo, á los ilustres Jefes, á los valientes y sufridos soldados, á los impertérritos marinos; Él ha proporcionado el heróico asunto, Él dictó á la

Real Academia Española, tan benemérita de la patria literatura, el acuerdo (para mí venturosísimo), orígen de la satisfaccion que nos subyuga ahora; Él ha hecho descender desde el cielo, para guiar nuestras plumas, al ángel de las poéticas inspiraciones. Bendito, bendito sea!

„Pero si á Dios principalmente el honor y la gloria, á V. M. debemos amor, lealtad y gratitud sin límites, por madre, tanto como por Reina de esta nacion generosa, y por la proteccion especial que le merecen las ciencias, las artes, las letras, todos los ramos de la civilizacion. No hacemos hoy, pues, sino recordar á V. M. el homenaje de tan ingenuos sentimientos, acrisolados en los hidalgos pechos españoles, no de ahora, sino de cuando V. M. vió por primera vez la hermosa luz del sol de España desde el inquebrantable solio de sus ínclitos predecesores.

„Uno de ellos, hoy recordado como Santo por la Iglesia católica, presentará sin duda sus merecimientos ante la Omnipotencia divina para que continúen, para que se aumenten, si tanto es posible aún, las satisfacciones de V. M., que no son otras sino las satisfacciones de la patria.„

Siguió al preinserto discurso otro, pronunciado por el Excelentísimo Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, Director de la Real Academia, concebido en los términos siguientes:

«Señora: La Real Academia Española, que debió su nacimiento al fundador de vuestra augusta dinastía, que ha florecido desde entónces á la sombra del Trono, y que recientemente ha recibido de vuestra excelsa mano señaladas muestras de proteccion y munificencia, no hace más que pagar un justo tributo al ofrecer á V. M. su respetuosa gratitud en este acto solemne.

„Ni qué ocasion más á propósito para verificarlo? Hase disputado alguna vez, y por el más insigne de los ingenios, acerca de la supremacía de las armas y de las letras; pero, en la coyuntura presente, unas y otras se hallan hermanadas, ó por mejor decir, su triunfo es uno mismo. Los valientes acaban de vencer en los campos de batalla, y los poetas se apresuran á cantar sus preclaros hechos.

»La Real Academia Española adivinó, por su propio instinto, cuál era el sentimiento de la nacion, decidido, unánime, cuando se trata de vengar ultrajes y restaurar la antigua fama; no habiéndose borrado todavía los sentimientos que engendró la sangrienta cruzada de ocho siglos, que se inauguró en una cueva de Asturias, y se coronó en las torres de la Alhambra.

»Á V. M. cabe gran parte de las recientes glorias, pues son públicos los testimonios que ha dado de amor á sus pueblos, y lo dispuesta que se hallaba á hacer, en favor de tan sagrada empresa, los más costosos sacrificios. Nuestros valientes lo sabian, aclamando el nombre de V. M. al arrojarse á la pelea; nuestros ingenios lo repiten al celebrar sus triunfos.

»Los que han tenido la envidiable dicha de obtener el disputado premio, le consideran de mayor estima recibiéndole de la augusta mano de V. M., no sólo porque rige un poderoso cetro, sino porque ha enjugado tantas lágrimas y derramado tantos beneficios.

»Siga V. M. por la emprendida senda, protegiendo las ciencias y las letras; que ellas no son egoistas ni ingratas, y á la par que engrandecen á las naciones, inmortalizan á los Príncipes. Luis XIV, Leon X y el augusto Abuelo de V. M., el *buen* Cárlos III (que este modesto nombre asienta bien á un Rey) debieron á tan noble orígen gran parte de su fama.

»Y ¿qué no ha de prometerse la nacion al ver á V. M., á su Augusto Esposo, á toda la Real familia acoger con especial benevolencia á los que se dedican á las letras, patrocinar útiles establecimientos y cultivar las Nobles Artes, no con la superioridad de Príncipes, sino con amor y cariño? Señora, el corazon se ensancha al columbrar el sello de prosperidad y de gloria con que el dedo de la divina Providencia parece marcar vuestro reinado.»

Invitados SS. MM. por el Excmo. Sr. Director del Conservatorio, tuvieron á bien aceptar el refresco preparado en otra sala del Establecimiento, y la honra de acompañarlos, además de los Sres. Ministros presentes al acto, individuos del Cuerpo Diplomático y otros de distincion en diversas carreras, y sus se-

ñoras, los miembros de esta Corporacion y los poetas laureados.

Entre tanto se distribuyeron al auditorio ejemplares de los dos poemas honrados con el *premio* y el *accessit*.

Entrando de nuevo en el salon principal SS. MM, los Profesores y alumnos del Conservatorio ejecutaron la cantata titulada *La guerra de África*, que con motivo de otra solemnidad análoga á la presente escribió el mencionado Sr. D. Ventura de la Vega, y puso en música el Sr. D. Hilarion Eslava: con lo cual se terminó esta sesion, de que certifico.

Madrid 1.º de Junio de 1860.=MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

À LA GUERRA DE ESPAÑA CONTRA MARRUÉCOS.

POEMA.

SU AUTOR

EL BARON DE ANDILLA.

Dextera tua, Domine, percussit inimicum.
Exod. cap. XV. vers. 6

—

Y de su ruina brote el escarmiento.
Quintana.

—

Salud, divina paz! Eterna amiga
De la vida y del bien.
Idem.

Númen, llama divina
Que sintió arder el Taso,
Cuando ensalzó con arpa peregrina
El triunfo de la Cruz en Palestina:
Fuego de Herrera, inspiracion sublime
Del cantor de Padilla y de Pelayo:

Sonora voz que eternizó la gloria
Sangrienta de los mártires de Mayo;
Bardo, que truenas en la zarza ardiendo.
Y asombras á Israel.....bardo tremendo.
Que cantas al mar Rojo,
Por el celeste acero
Hundidos el caballo y caballero:
Bañad la mente mia,
É inflamad mi apagada fantasía.

¡Oh si el cielo me diera
El fuego de Tirteo, y en las alas
De Píndaro volar, pulsar la lira
Que ardiente un dia resonó en Aténas,
Ó émulo ser del Cisne cuyos cantos
El Tibre oyó asombrado en sus arenas!...
Si á tanto osa volar mi orgullo loco,
Es porque, á enaltecer lauros del cielo,
Moises y Homero áun le parecen poco.
Dios, que á mi patria á la victoria guía,
Tal vez más quiere que al sonar mi canto,
Sea mi corazon la Musa mia.

Del tigre libio y del leon hispano
Voy á cantar la encarnizada lucha,
En los campos de Marte
Luz y tinieblas en furiosa guerra,
De Cristo y de Mahoma el estandarte
Volviendo á combatir sobre la tierra.

Áun vive el crudo encono
Del hijo del Koran, áun en su seno
Hierve la fiera saña

Que, de vergüenza lleno,
Sintió crecer al ahuyentarle España;
Y vil ¡por tantos siglos
Ha ocultado cobarde
Con máscara de paz el fuego en que arde!
No de otra suerte el alto Mongibelo,
Envuelto en manto de albicante nieve,
Debajo de aquel hielo,
Cuando la tierra hirviendo se conmueve,
Llamas de horrible fuego
Abriga en sus entrañas,
Que lanza estremeciendo las montañas.
Falaz el moro el pabellon hispano
Tiñó de sangre, y le ultrajó villano...
Y ¿se olvidaba que al sentir la planta
Conque le hollara de la guerra el rayo,
Castilla furibunda se levanta,
Y en roja tinta escribe el Dos de Mayo!
¿Olvidó que á su ultraje
Brota la España nuevos Virïatos,
Saguntos y Numancias reverdecen,
Y asombrando al coloso de Belona,
Impávidos perecen
En Zaragoza y la inmortal Gerona!

Rugió el leon: miró que al pié del trono
De Felipe Segundo
Abarcaba su garra poderosa
Regiones en el uno y otro mundo;
Y eriza su melena,
De Iberia se estremecen las entrañas;
Y la raza agarena
Muerde rabiosa la africana arena.

Desde Tarifa al golfo de Vizcaya,
Y desde el cabo de Ortegal á Pálos,
En los montes y llanos y en la playa,
Duero y Guadalquivir con eco ronco
Venganza! claman, y con voz que aterra,
El Ebro, el Tajo, el Miño y el Guadiana
Repiten: «A las armas! Guerra! Guerra!»
Áun en la patria mia,
Del ínclito Pelayo
Vive la noble estirpe y todavía
El varonil denuedo
Siente crecer, cuando en el aire ondea
La enseña del piadoso Recaredo!

Cuenta tú su valor, ilustre sombra
De Aníbal aguerrido:
Poderosa Cartago,
Trono africano de la hermosa Dido,
Tú, que á Roma llevaste duelo, estrago...
De tu esplendor y tu poder ¿qué ha sido?
¿Qué fué de tanta gloria y tanta hazaña?
Ante los muros de la gran Sagunto,
Aníbal vencedor, te venció España.
Á la voz del guerrero lusitano
Se humilla de los mundos la señora,
Y Roma ve á la Hesperia vencedora.
Ante las llamas de la gran Numancia,
Pequeña de Scipion fué la arrogancia.

Las poderosas águilas de Roma
Temblaron ante el cántabro; el alano
Admiró su valor, y con orgullo
El godo empuña altivo el cetro hispano.

¿Quién osara arrancarle la corona
De que hoy potente se ostentara dueño,
Á no dormir de la molicie impura
El Rey y el pueblo el vergonzoso sueño!
Tú, alarbe, cabe el triste Guadalete
Viniste á ver tu frente coronada,
Y á reinar ocho siglos. ¡Cuán despacio
Han de pasar, hasta que el sol tu cetro
Roto contemple en la oriental Granada!

Tu raza floreciente
Humilla al débil godo; mas de Asturias
Áun quedan en las ásperas entrañas
Ínclitos campeones,
Áun hay templos de Dios en sus montañas;
Y miéntras que muslímicas legiones
Abortaban los mares,
La santa Fe, de acero el brazo armaba,
Y en los Píos Lugares
Gerardo hospitalario aparecia,
Alzando al Dios de la verdad altares.
De Malta, órden guerrero,
La antorcha refulgente despuntaba,
Y el Monje de Fitero
Arrojaba al infiel de Calatrava,
Y Don Sancho á la voz de San Raimundo
Un noble baluarte
Defensor de la Cruz dejaba al mundo,
Y Alcántara de impávidos aceros
Ve armados á sus bravos caballeros,
Y Santiago órden bélico se aclama,
Y la ínclita Montesa
A San Jorge de Alfama

Unida, vuela á la cristiana empresa.
Y luchan, y con sangre palmo á palmo
Hacen brotar en sacrosanta guerra
El árbol de la Cruz tierra tras tierra,
Y en Clavijo, en Simáncas y en Osuna
Cae la media-luna
Ante la Cruz fulgente,
Y en Calatañazor rinde el Califa
Su no domada frente,
Y Bermudos y Alfonsos son espanto
Y horror del agareno,
Como asombro en Tarifa
Alfonso Perez de Guzmán el Bueno.
Palenque España de gloriosas lides,
Brillan los Jaimes, y se ostentan Cides.
Sonó la postrer hora;
Y el gran Gonzalo, izando la bandera
De Cristo, vencedora,
Escribió el nombre de Isabel primera
En las almenas de la Alhambra mora.

Huid dispersos, hijos del Profeta,
Dejad, crueles, el verjel de España,
Llevad tan sólo vuestra indigna saña.
Del atlántico mar á los desiertos
Áridos de Sahara
Buscad, bien léjos de mi patria cara,
Vírgenes bosques, solitarios puertos,
Y ciudades incultas
Id á fundar. Degenerada raza
De Abderraman y de Almanzor, salvaje
Parte á habitar el berberisco seno
Léjos del suelo que lloró tu ultraje,

Y arrástrate, agareno,
De esclavitud en el inmundo cieno.—
Y partió y en la Libia,
Como manada de voraces fieras,
Buscó en sombríos bosques
Incultas madrigueras;
Y en la tierra tirano,
Opresor en las ondas de los mares,
No hay más ley que la fuerza de su mano.
Indómito pirata,
Su acero tiñe el piélago de plata.
De ilustracion á par de rica fuente
Sediento estás, al lado de la espiga
Hambre voraz te rinde y te fatiga,
Cabe la llama pura
Vives esclavo en la tiniebla oscura,
Y en el error profundo
Mueres, creyendo en tu impostor Mahoma,
Junto al que adora al Redentor del mundo.
Quizá la misma á quien tuviste esclava,
Para vengarse de heroismo llena,
Quebrante con su espada tu cadena.
Y en tanto va á luchar; que tú la ultrajas,
Tú perturbas su paz donde florece,
Y á la voz del honor su arrojo crece.
Ya, entre humo y polvo, de Mavorte el carro
Con ronco estruendo pavoroso rueda,
Cercado de esplendor: sobre él tremolan,
Al soplo arrullador del aura leda,
Ibéricos pendones,
Y lauros y trofeos y blasones.
Temblad, madres, esposas y doncellas!
Por donde Marte con su gloria espanta,

Deja de luto y lágrimas las huellas.
Al ménos ¡que la planta
De hermosa ilustracion brote tras ellas!
Así en pos del estrago doloroso
De la agitada guerra,
Más dulce de la paz torna el reposo.
El cristal que se aduerme trasparente
En el límpido cauce de los rios,
Primero fué en los montes un torrente.
Para lucir el ángel de la esfera
Que el mundo llama sol, padre del dia,
Ha de ostentar su triste cabellera
La blanca reina de la noche umbría;
Y para ver en su materno pecho
La tierna madre de su amor el fruto,
Primero gime en doloroso lecho.
Funesta guerra, ¡bendecida sea
Tu mano asoladora,
Si va contigo Dios á la pelea,
Si eres de santa paz próvida aurora!

Triste monarca, que en tu harem, cercado
De efímeros placeres,
El débil cetro del imperio moro
Olvidas entre mágicas mujeres,
Y miéntras brotan pebeteros de oro
De Arabia el suave aroma,
En ricas plumas adormido, sueñas
En las bellas huríes de Mahoma,
¿Qué esperas de tus huestes agarenas?
¿Cómo aguardas, tirano,
Luchen por defender viles cadenas?
Así aquel inhumano

Á quien Sicilia de opresor acusa,
Defiende el muro de su patria en vano:
Dion entra triunfante en Siracusa;
Que ciego fia el lauro á sus aceros
Quien sólo esclavos cuenta en sus guerreros.

¿Te engríen tus corceles
Raudos como las águilas, el brio
De tantas tribus bélicas de infieles,
De tus bravos mancebos la arrogancia,
Jinetes y soldados
Desde la aurora de su tierna infancia?
No conteis los guerreros:
No el número, el valor da el poderío.
Milcíades apénas
Lleva soldados á la lid bravío,
Y ciñe el lauro en Maraton Aténas,
Y huye vencido en su poder Darío.
Asia lanzar al mar ve su corona
Cuando en bosques de mástiles camina,
Y un puñado de velas
Da el laurel á la Grecia en Salamina.
Innúmeras legiones
Artajérjes conduce á la pelea,
Y Pausánias humilla sus pendones,
Vencedor ante el muro de Platea.
Lucha el hijo inmortal de Cárlos Quinto,
Bizancio palidece,
Brama el golfo asombrado en sangre tinto,
Y huyen las turcas naves á Corinto.
Hernan-Cortés incendia sus bajeles,
Y con pocos aceros
Humilla tribus de salvajes fieros.

Hijos de Islam, de Sem altiva raza,
¿Soñais que arriban vuestras fuertes lonas
De Avila y Calpe á do la férrea maza
De Hércules arrogante
Unió el mar de occidente al mar de Atlante?
Soñais que inundan nuestras ricas playas?
Que hallais inerme á un débil enemigo?
¿Que vais á conquistar un rico cetro
Que no puede abarcar el Rey Rodrigo?
La espada de Tarif no centellea;
El pendon de Ismael, del Guadalete
En las orillas triunfador no ondea.
En la espléndida silla
Del astro de Aragon y de Castilla
No está el débil Rodrigo;
Una fuerte matrona
Tiene en su sien la gótica corona.
No á par de la molicie
Duerme entre el polvo la enmohecida lanza;
No hay un pecho sediento de venganza,
Que, desgarrado de paternas penas,
Dormida os dé su patria,
Para que al despertar llore cadenas.
No es ésta aquella España
Que sorprendísteis, bárbaros! vendida;
Es la Iberia nacida en la montaña,
¡La patria dé Pelayo!
Preguntadlo si no, del ímpio Marte
Al poderoso rayo,
Aquel á quien el orbe
No basta á su deseo,
Á cuya voz se postra el Pirineo,
Se estremecen los Alpes, su corriente

Detiene el Rhin, el Vístula se espanta,
Y hasta el Tíber, del mundo rey un dia,
Las altas glorias humillado canta.
El que pisó con victoriosa planta
Las gigantes pirámides, y el himno
Oyó del triunfo en Austerliz y en Jena,
El César de Marengo, el Cid de Arcola.
Que cien naciones á su voz enfrena,
Se vió humillado por la España sola.
Nublóse allí la majestad serena
De aquel sol rutilante,
Y del suelo español, el gran gigante
Á la luz de Moscú fué á Santa Elena.

Ya pisan nuestros bravos
Las árabes riberas:
Leones y castillos
Ostentan con orgullo en sus banderas.
Mancebos son; pero aunque imbérbes, fieros:
Ardido debe ser el que los venza.
Se acuerdan de los ínclitos guerreros
De Francia horror, espanto de Provenza;
Se acuerdan de los bravos ballesteros,
Que en medio de los mares,
Fuertes con la fatiga y la vigilia,
Vencieron en Taranto,
Alcanzaron laureles en Sicilia.
Son del heroico pueblo que Teodosios
Da á imperios, y da santos á los cielos,
Cisnes al Pindo y al pincel Murillos;
Que alza templos y al orbe maravilla,
Que busca nuevos mundos en los mares,
Y nuevos mundos con su espada humilla.

Es la nacion hidalga
Do el sacerdote lidia en los combates,
Que da Jorges Manriques, cuya lira,
Miéntras su espada en las batallas lucha,
En dulce trova su dolor suspira.
Patria de Garcilaso,
Que ciñe vencedores
Lauros en cruda lid, y tierno canta
El dulce lamentar de los pastores.
Es la nacion bizarra,
Donde al grito de guerra
Brota soldados la fecunda tierra,
Las arcas oro, mártires la gloria,
Y el honor sed ardiente de victoria;
Donde la madre al hijo da el acero,
Donde el anciano, audaz rejuvenece,
Y la edad juvenil su aliento ofrece;
Donde á la voz del cielo
El valor nace, la opinion se olvida,
Y no hay sino un querer, un solo anhelo,
¡La patria y Dios! que el valeroso hispano
Tiene ante todo el corazon cristiano.

Los veis? Mirad sus naves:
Pocas! Pero esforzada su marina.
Contemplad los caudillos de las huestes:
Son Lucena, Paredes, Reus y Almina.
Y les rugen los vientos, y sañudo
Azota el mar las quillas,
Y cunde el pestilente
Soplo devastador, y muerte y luto
Siembra en el seno de la hispana gente.
Mas vedlos! nada su valor quebranta.

Bajo las tiendas de ligera lona
Se oye al soldado que tranquilo canta,
Ó que las glorias de su Dios pregona.
Los veis? y ¿no temblais! ¿Quién esperanza
Puede daros? ¿Las dichas que el Profeta
Ofrece al que á morir por él se lanza?
Temblad, temblad: el impostor delira.
Su gloria es humo, su poder mentira:
Eterna sombra aguarda
Al que enemigo de la Cruz espira.
Ciegos! ¿no me escuchais! Entre el rugido
De vuestras hordas fieras,
Del parche al redoblar, al estampido
Del cañon, al flotar de las banderas,
Al bramar de los mares y los vientos
Se pierden mis acentos.—
Oh! ya están frente á frente
Una y otra falange...
Ya chocan, cual las olas del torrente,
La ibera espada y el morisco alfanje.
Y lidian como tigres las cabilas!
Y ¡se lanzan al bronce, que la muerte
Vomita furibundo..... y los alarbes
No temen el morir, y al plomo rudo
Ofrece el moro audaz pecho desnudo!

Oh! nos van á vencer! No, por Santiago!
No! que ven al Apóstol
En la region del cielo
Conducido en las alas de un querube,
Ó á San Millan, ardiendo en santo arrojo,
Hendir los vientos, ó entre densa nube
Donde los rayos de su luz arroja,

En su blanco corcel cruzar San Jorge,
Blandiendo por los aires la cruz roja!
No! que son españoles!
El hierro mata en su nervuda mano,
El bronce cubre de árabes la tierra,
Y de gloriosos lauros al cristiano
La sien circunda el Númen de la guerra.
Ya de Bullónes dómase la sierra,
Ya del Azmir se humilla la corriente,
Los montes y los cerros
Abaten en la lid su ruda frente,
Negron llora el rigor de su fortuna,
Y contempla, ya rojos sus cristales,
Guad-el-Jelú rodar la media-luna.
Ya palmo á palmo nuestra gente avanza,
Ya su hueste destruye,
Que pavorosa por las selvas huye.—
Árabes, ¿veis de Ordoño los aceros?
De Ramiros y Alfonsos las banderas?
Veis de Don Juan los bravos ballesteros?
Conoceis ya las naves de Cisneros?

¡Cedro caduco, tronco carcomido,
Que vacilante estás sobre la tierra!
Del huracan bravío
¿No te espanta el soberbio poderío?
Secóse ya la espléndida palmera
Que en Córdoba la mora
Plantó, del rio en la feraz ribera,
El califa de cítara sonora.
Ya tus rudos señores
No justan en torneos, ni del Pindo
Lucen las gayas flores;

Paladines no hay ya, ni trovadores!..
No quedan Beni-Omeyas,
Pasaron los moriscos Almanzores.

Sidi-Mohamed, Sidi-Mohamed suspira.
Nuevo Boabdil, desde tu regio alcázar
Contempla tu poder, y á España admira.
La mancha que arrojaste en su bandera,
Con tu derrota y tu baldon se lava:
La que en Granada izó Isabel primera,
Su nieta hace ondear en la Alcazaba.
—Victoria! Sus caudillos y soldados
Invictos, con la sien de lauros llena,
Plantan la Cruz del Redentor del mundo
De Tetüan en la soberbia almena;
Y regado con lágrimas de gozo,
Toma el árabe anciano
Hambriento el pan que el español le ofrece,
Áun tinto en sangre que vertió su mano.
Su acero el vencedor en calma deja;
Que, leon fiero cuando altivo lucha,
Es, despues de triunfar, humilde oveja.
De los vencidos no le ciega el oro:
No osará nunca mancillar su lecho,
Ni profanar jamás el templo moro.
En la bandera donde el sacro nombre
Del divino Jesus el mundo escribe,
Allí no tema esclavitud el hombre:
La libertad ¡del Evangelio vive!

¿Será ilusion! Oh cielos! por el viento
Ha cruzado entre nubes de oro y grana
Una jóven gentil... bate ligeras

Alas de albor hermoso, soberana
Túnica viste, y auras placenteras
La siguen en redor... su voz encanta...
Difunde un resplandor!.. lleva en su mano
Una rama de olivo... Es la paz santa!
El Ángel de la paz!... Vibró su acento,
Y el árabe, en el polvo prosternado,
Paz pide al vencedor, falto de aliento.
La paz! Paz bienhechora!
Triunfante César, á sus piés rendido
El poder de Pompeyo, entre el estruendo
De Mavorte temido,
Duerme ocioso el arado en la cabaña,
Y luchan los atletas
Y el circo el gladiator en sangre baña;
Pero cuando su frente
Coronada en la paz levanta Augusto,
Rie Italia en su torno floreciente,
Y en placentero idilio
Se oye sonàr el arpa de Virgilio.
No más sangre! no más! ¡Ay del aleve
Que perturbe la paz, y en tenebroso
Asilo oculto, en el incendio lanza
Pábulo en su furor... y en la rüina
De pueblos tiene puesta su esperanza!
No escucheis á esa pérfida sirena,
Ávida de oro, de falacia llena.
Astuta miente y fementida engaña;
Es tigre hircano que feroz devora,
Que humanidad predica, y siembra saña.

¿Oís su voz! Pues bien: Leopoldo, esgrime
Tu acero vencedor. Seguid, soldados.

Á la morisca Ilion! Sus fuertes muros
Caigan cual los de Troya, y en sus llamas
Arda el pendon de Islam hecho pedazos.
Á Tánger! ¡Que el Peñon estremecido
Á su antiguo señor triunfante vea!
Á Tánger! al asalto! á la pelea!

Y avanzan, y sedientos
De gloria y de laurel van los cristianos:
El moro ruge, las cabilas fieras,
Cual desbordados mares,
Invaden montes, campos y riberas.
¿Quién cuenta en los infieles
Turbantes y moriscos alquiceles?
La sombra del Profeta, que el infierno
Lanza sobre Guad-Ras, cruza el espacio:
Cuajan su frente perlas y topacio,
Luce plumas del Asia, la esplendente
Seda de Tiro, el lujo del Oriente.
Oidle: habla el Profeta á sus esclavos.

«¿En dónde están los bravos
»Soldados de Ismael? ¿dónde el alfanje
»De Tarif? ¿qué fué ya del cetro de oro
»De Abderraman y de Almanzor el bravo?
»Degeneradas greyes,
»¿Qué fué de su valiente cimitarra,
»Que hundia reinos ó amparaba reyes?
»Quién guarda mi Koran? En la molicie
»Durmiendo del placer el dulce sueño,
»Quizá pronto el cristiano
»Será de vuestro imperio altivo dueño.
»Incendiará, creyente, tus mezquitas,

»Depredará tus bienes,
»Vïolará tus hijas, y hecho esclavo
»Tú, le verás señor de tus harenes.
«Mas no! á la guerra santa!
»Alá tu lauro en su poder decreta,
»Y Alá es Dios, y Mahoma su Profeta.
»Desfallecida España,
»La que arrostró algun dia con sus graves
»Escuadras, de la mar la cruda saña,
»Apénas cuenta con endebles naves.
»Las bastardas pasiones
»Su pujanza encadenan,
»La envidia de maléficas naciones
»Que admiran su valor y su hidalguía.
»La discordia civil siembran, y en vano
»Aspira á esclavizaros el hispano.
»Leones de la Libia, á la pelea!
»Las victorias del Lete,
»De Malta, Argel, de Ródas
»Palmas al recordar, héroe al valiente
»Hagan en cruda lid, y con despecho,
»Con nueva humillacion sobre la frente,
»El soberbio español cruce el Estrecho.»

Calló, y ardió en los moros fiero encono.
Aquel humano mar ronco se agita;
Un pavoroso estruendo hórrido estalla,
Y el sol en el espacio silencioso
Á alumbrar con su luz va la batalla.
La vision de los hijos del Oriente
Esplendorosa, se disipa presta,
Y aparece al cristiano, refulgente
Sólo una Cruz modesta.

Pero esa Cruz exalta su denuedo,
Y se juzgan los ínclitos campeones
Que acaudilló el glorioso Godofredo.

Horrísona y furiosa gritería
Surge del campo moro; hondo silencio
Del campo del soldado de María,
Cual si á la par del Etna y del Vesubio
Reventaran los cráteres de fuego,
Y á un tiempo rebramaran
Del África las fieras, y los mares
Las olas con las olas estrellaran.
Ni el humo deja ver la muestra impía
Del estrago voraz, ni el rudo estruendo
Oir del moribundo la agonía.
Sangre cristiana y mora
Unida riega la espantada tierra;
Pero la Cruz se ostenta vencedora.
«Paz!» exclama aterrado
El árabe otra vez, «paz!»—y su frente
Ante el caudillo de Isabel triunfante
Inclina reverente.
Oh Paz! próvida diosa,
Bienhechora deidad, tiende tu manto.
Vislumbre en tí ese pueblo la alma antorcha
De la luz del saber; que al árbol santo
Lleva al mortal la culta inteligencia
Por ignotos senderos
Que abre á su vez la santa Providencia!

¡Feliz la patria mia,
Si escrito está en el libro de los cielos
Que ilustre España á la morisma impía!

¡Feliz Reina Isabel, si más dichosa
Que la que hallara un poderoso mundo,
Con tu férvido anhelo
Logras abrirle la region del cielo!
¡Feliz tú, Alfonso, Príncipe inocente,
Si ves hundido el templo de Mahoma
Cuando el Dios de Israel ciña tu frente!

Á ESPAÑA,

CON MOTIVO DEL COMPLETO TRIUNFO DE SUS ARMAS EN ÁFRICA.

ODA

DE D. JOSÉ MARÍA RUIZ DE SOMAVÍA.

DIOS SOBRE TODO.

Tú, que del geniò en la radiosa cumbre
Ostentas por escudo heroicos pechos
Y por corona inmarcesibles lauros,
¡Iberia, patria mia!
Como águila en el sol vívida lumbre,
En tus insignes hechos
Bebe absorta mi libre fantasía
Sublime inspiracion. Sobrepujando
Mi voz, del eco en alas,
El rumor de la pública alegría,

De Mantua vibra en la distante arena,
Y á la morisma indómita afrentando,
Hasta en la tumba de Tarif resuena.

De Ceuta al muro los ardientes ojos
Tornó, de orgullo henchido,
El fiero marroquí, y á sus hermanos
Á hollar incita, vomitando enojos,
De Castilla el pendon esclarecido.
«Venid, venid, y como frágil caña,
De nuestro corvo alfanje al golpe rudo,
Salte en pedazos el honor de España.
¿Pensais que hierro agudo
Y tonantes cañones
Á la venganza aprestará? ¿Os aterra
Su admirado valor? Mísera, triste,
Envuelta de su manto en los jirones,
¿Empuñará la trompa de la guerra?
Ved hundida en el cieno
Su diadema imperial, rota su espada,
Y de vigor ajeno
Su victorioso brazo,
Que el cetro arrebatando á la fortuna,
De Covadonga á la gentil Granada
Humilló la soberbia media-luna.
Y ¡áun nuestro oprobio sella
La triunfadora huella
Que imprimió en nuestra raza belicosa!
Y ¡habrá quien de vosotros no se inflame
En cólera y furor! Tanto desdoro,
Que á borrar no bastó de cuatro siglos
La indómita corriente impetüosa,
Á eterno olvido infame,

Como piedra lanzada al Oceano,
Dará impasible el arrogante moro!
No; seguidme! Volemos,
Volemos á retar al pueblo hispano
Que apura de infortunios ancha copa,
Y su impotente saña provoquemos
Para befa y escándalo de Europa.»

Dice; y con faz adusta,
Y de salvajes hordas rodeado,
Como sacre de buitres carniceros,
Traspone el linde y tu blason quebranta,
¡Madre de héroes augusta!
Y ¡el cuello á mengua tanta
Sumisa doblarás! Gózate ufano,
Bárbaro infiel; que pronto vengadora
Sobre el turbante de África ominoso
Tronará con aliento soberano
La que de entrambos mundos fué señora.
Gózate; que no en vano,
Ciñendo airada el casco fulgoroso,
Despliega al aire el pabellon guerrero.
Á LA LID! Á LA LID! súbito clama,
Y al Bétis del ilustre Manzanares,
De Barcino á los bosques de Beturia,
Como eléctrica llama,
Cunde el bélico son; y Tajo y Duero
El seno rasgan de los anchos mares,
Á LA LID! murmurando, y Miño y Turia.
Álzase al grito fiero
Sobre antiguas banderas musulmanas
La sombra formidable de Pelayo.
Á LA LID! repitiendo armipotente;

Y con fragor creciente
Agita por las breñas asturianas
De la victoria el fulgurante rayo.

Á LA LID! Á LA LID! Dadme una lanza,
Y yo al combate correré, sediento
De exterminio y matanza,
Lírico cisne y paladin brioso,
En gallardo corcel hijo del viento.
De lealtad y denuedo vivos lampos
Enardecen mi noble pensamiento,
Mi corazon la ira. El torpe ultraje
De justa indignacion las almas llena,
Y el español coraje,
Asombro un tiempo de Cartago y Roma,
Y tumba ayer del vencedor de Jena,
Como volcan inmenso
Que á torrentes derrama
(Árboles, selvas, montes abrasando)
Funesta lava en remolino denso,
Bulle, se extiende, brama,
Del estrago ministro y de la muerte,
Y del triunfo las palmas arrancando
Al enemigo bando,
El vuelo rige de la instable suerte.

Temblad! Ya raudas naves
Apréstanse de Cádiz opulenta,
De Algecíras y Málaga en el puerto;
Y ya, de auras süaves
Al soplo bienhechor, las olas hienden,
Que avaras de vengar la indigna afrenta,
Hirviendo rugen y en furor se encienden.

Llegad, llegad, bizarros adalides;
Y al recuerdo glorioso
De Clavijo, las Navas y el Salado,
De Orán y Túnez y Lepanto undoso,
Abatid las falanges agarenas.
Sírvaos de egida en las horrendas lides
El vellon del Cordero inmaculado;
Y con pavor admire el universo
Que áun arde en vuestras venas
De Gonzalos y Cides
La heroica sangre. ¡Tú, su ejemplo y guía,
Insigne O'Donnell! ¡Tú, segura prenda
De entusiasmo y union! Á ti encomienda
Su defensa la patria: á tí confía
Sus caros hijos cuyo esfuerzo abonas.
Llegad! Benigno el cielo, absorto el mundo,
Bendicen vuestros ínclitos afanes;
Y á saludaros y á tejer coronas
Se levantan del piélago profundo
De Trafalgar los honorandos manes.

Huye, chusma servil, y no orgullosa
Imagines doblar el fuerte brio
De libres y leales corazones:
Huye; que los iberos campeones
Con impávida frente
Los términos invaden africanos,
Herencia de traidores y tiranos.
Mas, ay! que de repente
El aire vago inflama lluvia espesa
De mortífero plomo,
Que asesta oculto el marroquí certero,
Y magnánimos pechos atraviesa.

Oh duelo! Oh furia! ¿Cómo
Pintar la que espantosa
En el seno rebosa
Del español! Terrífico y ligero
Arrójase á los bárbaros infieles
Que brotan cual fantasmas sanguinarios,
Envueltos en flotantes alquiceles,
De su muerto esplendor toscos sudarios.

Trabada al eco del clarin la lucha,
Cruzando silban las candentes balas,
Y zumba hasta en Carteya pavoroso
Del preñado cañon el ronco trueno.
De la cólera en alas
El cristiano adalid vuela sereno,
Y, formidable atleta,
Contunde, hiere, báñase irritado
En bullente raudal de sangre mora.
Responde á la espingarda matadora
El fusil, y á la aguda bayoneta
La afilada gumía.
Muerte do quier! Á un lado
Y otro flotan en charcas humeantes
Cráneos hendidos, miembros palpitantes,
Y el disco vela del naciente dia
Turbion rojizo de letal metralla,
Que á la infame canalla
El hispano valor sin tregua envia.
Confusa, temblorosa,
Á replegarse escarmentada empieza,
Y áun con tenaz fiereza
Carga y difunde estragos insidiosa.
Y perece lidiando.

Mas lánzanse improviso de la cumbre
De la sierra fragosa
En tropel nuevas hordas, superando
El bramido y furor de los chacales
Que abortan en inmensa muchedumbre
De Libia los ardientes arenales.

Crece el estruendo, suben confundidos
Al éter anatemas y clamores,
Y ambas huestes su encono centuplican.
Abalánzanse al par, y al rudo embate
El aliento apurando,
Altivos robles que huracan abate,
Agarenos sin fin caen espirando.
Y ávido sigue el español valiente
De cruda asolacion, y asedia y mata,
Sin que basten innúmeras legiones
Á contrastar su esfuerzo omnipotente.
No las veis sucumbir? Los estallidos
De la bomba que incendia y desbarata,
En las cuevas retumban de Bullónes.
Renuévanse los sordos estampidos,
Cruje incesante el homicida acero;
Y cual suele terrible catarata
Arrastrar fragorosa
Troncos y piedras al revuelto abismo,
Así el alto heroismo
Del indómito ibero
Arrolla y hunde á la morisma aleve.
Destrozada, medrosa
Ni á acometer, ni á disparar se atreve;
Y huyendo presurosa
Como vencejo vil de azor sañudo,

Con bronco aullido y ademan que aterra
Impenetrable escudo
Busca en los antros de la adusta sierra,

Infieles, aguardad! Negra ignominia,
Del agravio insolente acerbo fruto,
Y perdurable luto
Vuestros timbres serán. La noche en tanto
Cierra el palenque al iracundo Marte
Con las lóbregas fimbrias de su manto,
Y de pálida luna
Al trémulo lucir agita el viento
De la Cruz triunfadora el estandarte.
Ya el reposo importuna
El grito del insomne centinela,
Ya el lúgubre lamento
De moribundas víctimas. Revuela,
Dulce calma inspirando,
De las tiendas en torno el sueño blando,
Y su cáliz derrama de ambrosía:
Miéntras la parca impía,
De sangrientos cadáveres alzada
En pirámide horrenda,
Gozosa esgrime la segur tremenda.

Mas pronto, aljófar esparciendo y lumbre,
Las puertas abre del azul Oriente
La rósea mano de gentil aurora,
Y al concento de músicas marciales
Marcha el glorioso ejército, y sublima
Su denuedo con rasgos inmortales.
Ni áspero suelo, ni insalubre clima,
Ni el azote de peste asoladora

Atajan su carrera,
Cual la del sol magnífica y triunfante;
Y al odioso turbante
De nuevo embiste en liza espantadora.
Á los lauros de Anghera
Otros logra enlazar. Riscos y cerros
Veloz traspasa, y mírase atacado
Del voraz sarraceno, á quien oprimen
De ominosa abyeccion los duros hierros.
Tiemblan los montes y los vientos gimen
Al bélico estridor. Cada soldado
Un Cid. Oh patria mia!
Su entusiasmo bendice y su bravura,
Y en bronces eterniza arrebatada
La incomparable heroica bizarría
Del intrépido Prim, que tremolando,
Hasta ganar la altura,
La bandera de Córdoba, la ijada
Al fogoso bridon bate gritando:
«Adelante! Adelante! Campo abierto!
Doblad, viles esclavos, la rodilla;
Que á los tigres devoran del desierto
Los invictos leones de Castilla.»

Y adelante, adelante van los hijos
Del pueblo valeroso
Que los llanos de Flándes
Con la sombra cubrió de sus laureles,
Y hasta las cumbres de los altos Andes.
Á los impulsos fieles
Del patrio amor avanzan, y rompiendo,
Cual rio desbordado
Robusto dique, el muro reforzado

Que terca opone la africana gente,
La límpida corriente
Ensangrientan de Azmir. Luchan venciendo,
Y las corvas gargantas
Trasponen de Negron, y estremecido
Cabo-Negro tambien bajo sus plantas
Exhala hondo alarido.
Guad-el-Jelú! Guad-el-Jelú! En tu arena
Con ímpetu violento
Siembran espanto y confusion, hollando
La cerviz agarena;
Y enrojecidas tus revueltas olas,
Cadáveres sin cuento
Rinden al mar, cantando
El triunfo de las armas españolas.

¿Qué fué de vuestro arrojo y valentía
Ante el esfuerzo y la ínclita constancia,
Siervos de Alá, que el pecho castellano
Acrisoló en el fuego de Numancia?
Y ¿soñais todavía,
Contando una derrota en cada lucha,
Abatir su denuedo sobre humano!
El rayo asolador de su venganza
¿Pretendeis apagar! Delirio insano!
Mirad en lontananza
La enseña de la hueste victoriosa
Que os persigue y acosa,
Cual diestro cazador á lobo hambriento.
Oh musa! Oh patria! Tu divino aliento
Presta á mi voz; y á par que el labio mio
La torva saña del inicuo moro
Publica al universo dilatado

Y tu indomable brio,
Rebrame despechado,
Devorando avariento su tesoro,
El leopardo del Támesis umbrío.

De Tetüan defienden la llanura,
Que asordan ya clarines y atambores,
Las fanáticas turbas. Cual llevadas
Del fiero simoun, lanzan estragos,
Y aquí y allá encarnizan la pelea,
De humo y polvo entre denso remolino.
Hiende los aires vagos
Proyectil asesino
En sonante aluvion: el bronce estalla,
Esgrimido el acero centellea,
Y atruena los lejanos horizontes
El hórrido fragor de la batalla.
Tras sanguinosos montes
De cuerpos mutilados, los infieles
Imprecaciones hórridas vomitan,
Y á sorprender y destrozar crueles
En rápido tropel se precipitan;
Mas, como en dura roca,
Estréllase en los hésperos titanes
Su pujanza voraz, su furia loca.
Burlados sus afanes,
Y en ancha fosa convertido el llano,
Desmayan, ceden, cían
Al embate letal del fuerte hispano.
Á denigrante fuga sólo fían
Su salvacion los restos del vencido
Bando, á quien amedrenta,
Como al niño el rumor de la tormenta,

Del caudillo glorioso
El entusiasta acento difundido.
«Viva España!» murmura orgullecido
El magnánimo Conde de Lucena;
«Viva! Viva!» el ejército hazañoso;
Y retemblando el Átlas eminente
Al grito aclamador que el éter llena,
Dobla humillado la marmórea frente.

Victoria! sí! En el muro
De la ciudad abandonada ondea
El triunfante pendon, y altos honores
Dispensas, patria insigne, en tus altares
Á tus bravos celosos vengadores.
Aplausos y cantares,
Alegres salvas, músicas festivas,
Ardiendo en galas, ínclita rebosa,
Y apercibe en su diestra generosa,
Ofrenda al vencedor, palmas y olivas.
¡O'Donnell inmortal, Prim denodado,
Rios, Bustillos, Ros, Zabala, Echagüe!
Vuestro nombre aclamado
Y el de tantos egregios campeones,
En la broncínea tabla de la historia,
Para envidia y pavor de las naciones,
De hinojos graba el ángel de la gloria.
Y vosotros, que hallasteis digna tumba
En piélagos de sangre sarracena,
Mártires de la patria, el astro puro
De vuestra prez sublime el orbe inflama;
Y en la region serena,
Retando al tiempo y al olvido oscuro,
Álzase y brilla de la augusta Fama.

España! España! El vuelo
Levantando mi númen arrogante,
De tus glorias espáciase en el cielo,
Y gratos himnos de alabanza entona.
Valientes sobran en tu noble suèlo
Para infundir terror de zona á zona,
Y poblar nuevos mundos. Suplicante,
De Guad-Ras tras la rota memoranda,
Paz á tus piés demanda
Postrado el marroquí. Cede á su ruego
Benigna y grande, el manantial fecundo
De las iras cegando y los horrores;
Y en plácido sosiego,
Paz! resuenen los ecos voladores,
Y Paz! repita la creacion entera.
Convierte la guerrera
Trompa en laud: á sus tranquilos lares
Tornen orlados de laurel tus hijos,
Que rigores y azares
Arrostraron sin término prolijos.
Tornen; y sepultada en el Averno
De los partidos la incendiaria tea,
Amiga union y plácido reposo
La edad renueven de Saturno y Rhea.
Á las artes y ciencias premio honroso,
Á la industria mercedes, odio eterno
Á los traidores y oprobiosa muerte;
Y respetado y fuerte
De amor centellas y bondad difunda
El áureo cetro de Isabel segunda.

Á MI SEÑORA MADRE,

DOÑA MARÍA FRANCISCA GUIJARRO,

VIUDA DE APARISI.

Madre mia de mi corazon: pues que envié al certámen abierto por la Real Academia Española estos versos que no han sido premiados, pareceria orgullo, y acaso lo sería, el no aceptar la MENCION *con que los honra, y la impresion con que los favorece.*

Acepto, pues, uno y otro, agradeciendo su buena voluntad.

Confieso sin embargo que pensando, desde que puse manos á la obra, en dedicarla á V., hubiérame holgado mucho de que estos versos mios fuesen de los más gallardos y sublimes que se hayan escrito en lengua castellana. Son sin duda desaliñados y humildes, obra en fin de un mero aficionado á las Musas, que, de quince años á esta parte, sólo en cuatro ó cinco ocasiones, y quizá vanamente, las ha invocado. Pero tales como fueren, al fin son mis hijos, y V. no ha de encontrarlos feos, mirándolos como miran las Madres, con el corazon.

Por lo demas, me regocijo pensando que cuantos ahora los lean,

y si algunos los leyeren en adelante, ántes que todo han de ver el nombre de V.; ántes que todo han de oir á su autor, que su Madre es buenísima, amantísima, virtuosísima.

Despues de esto, piensen de mí y de mis versos lo que quieran. Yo podré no ser buen poeta; pero V. sabe, Madre mia, que soy buen hijo.

Bendígame V. todos los dias; que la bendicion de una Madre es mensajera de bien.

Á Dios, que guarde á V por muchos años, Madre mia. Así se lo ruega su obediente y apasionado hijo,

Antonio Aparisi y Guijarro.

ESPAÑA EN ÁFRICA.

ODA

DE D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

ÁUN SOMOS LO QUE FUIMOS.

Oís?... Truena el cañon, hiende los aires
Con ecos vencedores
El sonoroso címbalo, y despierta
Trémula la ciudad... Oh gozo! Oh gloria!
Ciñe tu sien de flores,
Madrid: ¡hemos triunfado! hermoso dia!
Un nuevo sol por el Oriente asoma;
El pié soberbio del corcel de Yago
Pisotea la luna de Mahoma.
—Como se tiende rápida en la esfera
La luz de lampo fúlgido, así en alas
Eléctricas volando
La nueva placentera,
Del Norte al Sur, de Oriente al Occidente,
Á España toda en júbilo embrïague.

Toda sea un clamor; y alta y potente,
Con hervoroso anhelo
Su grande voz, del corazon lanzada,
Deje á Europa asombrada,
Y alegre á nuestros Padres en el cielo.

¿Quién mintió que rendido
Á fiebre vergonzosa,
Sobre rotos blasones deslustrados
Dormiria el Leon eterno sueño?
Quién tál mintió?—Ya siente
La injuria atroz, y con terrible ceño
Álzase, y mira en torno, y su melena
Áspera sacudiendo embravecido.
Fiero envía á la playa sarracena
De Lepanto y las Navas el rugido.

Albion le contemplaba
Con soberbio desden, y se decia:
«Ruge!... mas no osará. Mi frente adusta
Le hará retroceder; yo, la señora,
Reina del mar, lo quiero. Su homenaje
Me rinde el mundo... no osará... perdido
Hasta el recuerdo de sus altos hechos,
Del brutal marroquí villano ultraje
Sufran—bien pueden—los hispanos pechos.»

Así dijo el tirano de los mares,
Ese que rie cuando el mundo llora.
Mas... ¿ceder de la fuerza á la arrogancia!
Jamás!... ni en Zaragoza lo aprendimos,
Ni tampoco en Numancia!

De España altiva en las hidalgas venas
Precipítase ardiendo generosa
La sangre de Vivar: de siete siglos
Rompe estallando la dormida saña.
¿Á la divina Cruz la torpe luna!...
¿África insulta á España!
Oh! no será:—y del templo
Donde duermen sus Padres, descolgando
La probada armadura,
La frente al cielo levantó, radiando
De fe y de amor, tan majestosa y bella,
Como en el claro dia
En que subió á las torres de Granada,
Dando alto fin á su inmortal jornada.

En el hercúleo Estrecho
Ostentan fuertes naves
De Albion los rayos: llegan
Tambien, sonando sus cortantes proras,
Las que enhiestas y ufanas
Bandera tricolor al aire entregan.
Por el lumbroso Oriente
Avanzan levantando albas espumas,
Níveos cisnes, latinas carabelas;
Miéntras del Norte en la region sombría.
Allá, á lo léjos, entre pardas brumas
Asoman ya las moscovitas velas.
Gózate, noble España! Europa envía
Grandes testigos para el grande duelo:
Lo serán, Patria mia, de tu hazaña!
Lanza el grito de guerra!
Todos los pabellones de la tierra
Dén paso franco al pabellon de España.

Infausta Libia, donde fué Cartago;
Fragosos montes, playas borrascosas,
Do en funeral estrago
El lusitano reino
Destrozado murió: ¡tierra en odiosas
Tinieblas sepultada!... Los que en dia
Que á los hombres y á Dios infando sea,
Allá en los campos de Jerez cayeron,
Ántes hijos heroicos engendraron,
Que, tras siglos de lucha gigantea,
Á Agar á su desierto,
Lidiando en nombre del Señor, lanzaron.
Hoy le buscan en él; hoy el ultraje
Vengarán que sus timbres amancilla.
Dura razon de aleves desafueros
Á la africana tierra
Van á pedir leones de Castilla...
Va con ellos la sombra de Cisneros.

Pero ¿es que Dios maldice
Nuestra altísima empresa!... Oh! qué agonía!...
Entre montes no hollados de pié humano,
Y ese piélago insano
Que eterno azota la desnuda playa.
Contemplad un puñado de valientes.
Ay! que innúmeras gentes
Rugiendo, á fuego y hierro los acosan
Sin tregua, con furor! ¡Ay, que en sus filas
Deslízase invisible
El hijo aciago del impuro Gánges,
De oscura muerte mensajero horrible!
¡Ay, que sobre ellos entre negras sombras
En torrentes de lluvia se hunde el cielo

Á truenos desgarrándose; y bramando,
De huracanes furentes sacudido.
Espumoso á sus piés el mar se arroja!
¡Piedad, Dios bueno! que en mortal congoja
Desde la opuesta orilla
La Madre Patria sus amantes brazos
Pálida tiende, y palpitante mira!
Mas ni siquiera vellos
Permite, oh Dios! la aborrecida niebla!...
Ángeles, que los veis, rogad por ellos!

Son españoles, no temais: no puede
Por siempre abandonarlos impiadoso
De sus Padres el Dios. En la enriscada
Ágria cumbre del áspero Apenino,
Creciendo al son de recias tempestades,
Se alza más vigoroso el prócer pino.
Verá la edad presente lo que vieron
Las pasadas edades.
Gracias, Dios de Pelayo! si conjura
Contra la gente hispana
Sus iras, sus horrores la Natura,
Gracias! ¡que digna sea
La empresa sobrehumana
Del aliento español! ¡que el mundo ahora,
Cual siempre, en pasmo silencioso admire
Entre el estrago universal su frente
Serena, y su constancia vencedora!

Á veces tenebroso
Nubarron, descogiendo el negro manto,
La luz del dia pávido destierra.
Muge la tempestad; el sol en tanto

Cruza el cielo, no visto de la tierra.
Ya la entreabierta nube lo consiente,
Y fulgurando envía
De viva lumbre vencedor torrente.
Torna la nube á encapotar al dia;
Mas, súbito sonando,
La rompe y la disipa airado viento;
Y el sol, en todo su esplendor triunfando,
Reina en el solitario firmamento.

La peste, el hambre, el huracan, la horrenda
Furia del moro al español á un tiempo
Combaten; y él, impávido. Tres lunas
Por cumbres arduas y fangosos valles
En bárbara pelea,
Entre sombras y truenos,
Resiste, avanza, y ruge y centellea.
Pero amansados ya, suaves, serenos
Tienden los vientos apacibles alas,
Y se aduerme la mar, y el cielo rie:
Campo igual nos ofrece
Dios por fin. Oh! mirad; que ya aparece,
Brillando al sol sus blancos alminares,
La *sagrada* ciudad. Veis? La llanura
En gran tropel golpean altaneros
Prestos corceles, que en audaz carrera
Van precediendo al céfiro ligeros.
Coronan el altura,
Cual densas nubes la montaña umbrosa,
Huestes innumerables: allí espera
Agar con frente erguida y alma fiera.
Y de allí en el hispano clava rojos
De cólera los ojos.

Como tigre que sueña entre sus garras
Presa ansiada estrechar.—Santiágo!... á ellos!
Al fin son los vencidos de Alpujarras.
No temais: tú, Lucena,
El pecho heróico palpitando en ira,
Lleva á España á la lid y á la victoria.
Te está aguardando en Tetüan la GLORIA;
Tu Reina desde el trono, en pié... te mira!

Á Tetüan!... retumba
El cañon, y se asorda el horizonte
Al estampido pavoroso; treme
La tierra; es cada monte
Volcan horrendo que revienta en llamas.
Al son de la espantosa gritería,
Entre revueltas nubes
De polvo y humo, en el arena impía
Cuántos valientes, ay! ¡cuántos cayeron,
La dulce patria recordando! Su alma
Recibe, Dios piadoso... llorad, Madres!...
—No cejeis, españoles: vuestros Padres
Asombraron al mundo, y lo vencieron.
Esa Albion arrogante
Desde Calpe os contempla, y esa Francia
Desde Argel... Españoles, adelante!—
Y no cejan, y van. Estrecha, Almina,
Á los bárbaros; Rios, ni un instante
De tregua les consiente; impetüoso
Conde de Reus, al empinado cerro
Trepa; tras tí los catalanes... Vítor!!
Ya subieron... Herid! *Despierta hierro!* (1)

(1) Los Almogávares al entrar en combate golpeaban el suelo con la espada, diciendo: *Desperta, ferro.*

¿Visteis desde los Andes
En fragorosas alas
Lanzarse el vendaval, que en su camino
Cuanto halla, vencedor, plantas y piedras
Arrebata en confuso torbellino?
Tal los nuestros: á su ímpetu iracundo
Cuanto resiste, destrozado cae:
Tú, que lo viste, oh sol! cuéntalo al mundo!—
Huyen, huyen temblando
Al revolver de nuestra espada ardiente;
Huyen... Y ¿qué se han hecho
La ceñuda altivez de la hosca frente,
Y la arrogancia del ardido pecho?
¿Por qué, decid, en el feral estrago
No os amparó el Profeta
Contra las iras del divino Yago?
Cubre á la media luna letal sombra;
Banderas del Islam son rica alfombra,
Que deja á nuestros piés roto y vencido
El poder marroquí... Desde su tumba
El Rey Don Sebastian nos ha aplaudido!

Oh!.. Viva España! Las ferradas puertas
De la orgullosa Tetüan, el miedo
Al valor español tiene ya abiertas.
Héroes, amor y prez y alto decoro
De España agradecida,
Entrad en Tetüan, perla del moro.
Con laurel vividor la sien ceñida.
Entrad, y á su alcazaba
Gigantesca subid; y descollando
En medio de vosotros radïante
Alce el egregio Capitan pendones,

Y grite «España!;» y lo repita al mundo
El soberbio tronar de cien cañones.
Ya despliegan los céfiros triunfante
La enseña de Castilla...
Ya ondea... ¡Viva España!—Mas... ¿qué veo!
¿Es vision divinal? ¿es mentirosa,
Dulce ilusion de burlador deseo?
De azul y de oro en nube esplendorosa,
Cercada de los héroes españoles,
¡Oh Reina, oh santa de la patria mia!
¡La PRIMERA ISABEL se alza gloriosa!
¿Qué! ¿no la veis! Ahora la celeste,
Tierna mirada envía
Á la española hueste.
Ahora ¿no la veis! con almo gozo
Sonriendo hechicera,
Se inclina á saludar nuestra bandera.
Somos tus hijos, Isabel, tus hijos!
¿Estás contenta de nosotros?... Cierto
Que, tras males prolijos
La fe entibiada, rencoroso el odio,
En luchas fratricidas desangrada,
Con extraña doctrina enflaquecida
Tu España, sí, la Reina de dos mundos,
Se vió desheredada
De su gloria y poder; y obscura y triste
Fué irrision de la Europa que alumbraste,
Y escándalo del orbe á quien venciste.
Mas hoy, alegraté! del polvo innoble
Al grito victorioso
De «Dios y Patria» unidos nos alzamos.
Por Dios y por la Patria combatimos!..
Tu laurel de Granada crece hermoso:

Aun somos, Reina, aún somos lo que fuimos.
Qué quieres? Qué nos mandas? Ah! en el dia
En que lloró la España su bien muerto,
Tu espirante mirada se volvia
Á esa tierra infeliz, mustio desierto,
Que famosas ciudades habitaron;
Region de torpes sombras,
¡De luz un tiempo!.. En ese mar que suena
Bronco y potente en la salvaje arena,
Áun sueño oir la voz de Tertuliano;
Áun, coronada de esplendor divino,
En fosca noche por las yermas playas
Vaga y gime la sombra de Agustino.
Qué quieres, Isabel?...—«Manda la Reina
Que recobre y ostente
La antigua majestad su áurea corona,
Que el sol de Cristo la tiniebla ahuyente,
Que muera Tánger, y renazca Hipona.»

Canta, genio de España, y tierra y cielo
Mudos oigan tu voz.—«¡Bendito sea
El Señor, que ha esforzado
Mi pecho fiel en la mortal pelea!
¡Sobre cedros del Líbano exaltado,
Tres veces Santo Dios, tres veces fuerte!
Dios de mis Padres, tuya es la victoria!
Tú miras desde el cielo, el mundo humea;
Mueves la frente, y nace el sol. La gloria
Tú la das, tú la vida, tú la muerte,
Tú solo, Dios!!! Al ímpio sarraceno
Por tí lancé de la imperial Granada;
De Libia ardiente al seno
Precipitéme con triunfante espada.

Crucé la inmensidad del Oceäno,
Ví más allá otro mundo,
Y el cetro de dos mundos fué en mi mano.
Pávido San Quintin áun me recuerda;
Lepanto me conoce, el Garellano
Besó humilde mis piés; y si implacable
Rayo que resplandece y que devora,
El gigante de Córcega da leyes
Á espantadas naciones,
Su pié sobre los mantos de los Reyes;
Yo, yo tambien en implacable guerra
Lucho y relucho, y por mi diestra herido
Derrúmbase el Coloso,
Y respira la tierra.
Gloria á Dios!—Mas, oh dicha! los clamores
Ya escucho alborozados
De trompeta marcial; los atambores
Roncos redoblan; suena
El bronce triunfador; calles y plazas
Hirviendo el pueblo y rebosando llena.
¡Es que tornan los hijos vencedores
Á su Patria feliz! Lumbre más pura
Baña los aires, y preciadas galas
Revístese Madrid; el blanco lino
Agitan manos trémulas al viento,
Puebla las auras jubiloso acento,
Ornan laurel y rosas el camino.
Á Atocha! Á Atocha!—No la veis? Delante,
Con el aplauso popular, felice,
Con su tierna piedad augusta y bella.
Va, en su sien de Pelayo la corona,
Generosa mujer, noble matrona.
Precipítase el pueblo tras su huella.

Qué haceis?.. Bien, españoles! Vuestros Padres
Tambien en esas bóvedas colgaron
De la vencida Europa las banderas.
Oh! Qué decis?.. «Dios grande, tú que imperas
Sobre pueblos y Reyes,
Míranos hoy benigno desde el cielo.
Tras largos años de miseria y duelo,
¡Nos has dado, Señor, un sol glorioso,
Que otro siglo comienza!
Gracias, buen Dios! su rayo venturoso
Borre de nueve lustros la vergüenza.»
Bien, españoles, bien! Ora las manos
Estrechad...y por siempre...y sed hermanos.
Y oid, oh pueblos de la tierra!—España
De la afrentosa noche en que yacia,
Se alzó por fin magnánima, esplendente.
Oid! Ya vuelve á ser—doblad la frente!—
La España de Lepanto y de Pavía!»

CON MOTIVO

DE LA

GUERRA DE ESPAÑA CONTRA MARRUÉCOS.

ODA

DE D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

«Dos batallas y 23 combates, en que siempre habeis sido vencedores de un enemigo numeroso, valiente y fanático, tomándole su artillería, tiendas, municiones y bagajes, han vengado el ultraje hecho al pabellon español.»

Palabras del General en Jefe del Ejército de África, insertas en la órden general del 25 de Marzo de 1860. (*Gaceta* del 6 de Abril).

Por qué se ha estremecido
En su caverna de marmórea roca
El hispano leon? ¿Por qué su boca
Lanza de pronto atronador rugido?
¡Ay, que estaba dormido.
Y el caiman africano
De su letargo aprovechó la calma
Para clavarle el alevoso diente!
Ay, que despierta en el dolor que siente!
Ay, que su herida le llegó hasta el alma!

¿Cómo el reptil inmundo
La lucha infanda á renovar se apresta,
Que tanto luto al águila le cuesta,
Terror de Europa, admiracion del mundo?
En su sopor profundo
Al verle aletargado,
Sobre el rey de la selva y de sus galas
Ella tambien se abalanzó, y no pudo
Volver ya arriba ante el leon sañudo,
Que entre sus uñas destrozó sus alas.

¿Presumirá orgullosa
La bestia que se arrastra por el suelo
Librar mejor que en su atrevido vuelo
La reina de las aves poderosa?
Del agua cenagosa,
Donde oculta se hallaba,
Vanamente salió, y en vano embiste;
Torpe el anfibio se engañó, si piensa
Que en monte ó lago le será defensa
La dura escama que sus miembros viste.

Ya del hercúleo Estrecho
Las ondas cruza la cristiana flota,
Ondas que en vano tormentoso azota
Con furia extraña el huracan deshecho.
¿Serán más que el derecho
Y la justicia fuertes
Los vendavales que el infierno aborta?
Aliento, hijos del Cid! Prueba más dura
Os guardan clima y epidemia impura;
Mas si os asiste la razon, ¿qué importa?

Por la Cruz y por ella
Vuestros mayores ínclitos lidiaron.
Y su sien con el lauro coronaron
Que hoy el alarbe con su planta huella.
Por la Cruz la querella
Va á dirimirse ahora;
Pero aunque rota ó vencimiento os traiga,
¿Quién por su Dios sufriendo se avergüenza?
Héroe será quien en la pugna venza;
Mártir será quien en la lucha caiga.

De berberisca gente
Multitud, que contar pretendo en vano.
De la montaña se desprende al llano,
Cual furibundo asolador torrente.
¿Qué bravo le hace frente,
Y la contiene y doma,
Y hace volver la catarata arriba?
Echagüe! Mas ¿le hirió traidora bala?
Oh! no tembleis, que nos quedó Zabala!
Oh! no temais miéntras Gasset nos viva!

Con redoblado brio
Rueda otra turba por el alta loma.
Y otra en su pos abajo se desploma.
Y otra la sigue en desbordado rio.
Tierra de regadío,
Pero de sangre y llanto,
La del Serrallo es ya. Su última rota
Hace al moro exclamar, turbios los ojos:
«¿Cómo esta tierra, para mí de abrojos.
Lauros tan sólo para España brota?»

Dice, y lugar distinto
Para vengar su vencimiento elige,
Y en el sendero que á Tetuan dirige
Quedar espera en nuestra sangre tinto.
Confuso laberinto
De enmarañadas moles
De los nuestros allí detiene el paso,
Y en lo imposible franquearlo toca.
Así piensa el infiel? Pues se equivoca:
¿Hay imposibles para Prim acaso?

Del monte á la hondonada
Diez veces más el moro se derrumba,
Y otras diez el de Reus le abre la tumba
Con Turon, con Orozco y con Quesada.
Su vencedora espada
Ros entre tanto agita,
Y García y Rubin y Enrique el bravo;
Y es otra vez de todos el destino
Alfombrar de laureles su camino
Desde el vencido Harem al Negro Cabo.

¿Callará el arpa de oro
De Makenna el valor, ó el brio ardiente
De Mur, primero en arrancar valiente
Con vida y alma su estandarte al moro?
Ay! mi laud sonoro
Cuerdas tener quisiera
Para de todos evocar los nombres;
Mas harto hará si en tan sublime dia
Un saludo no más ferviente envía
Al gran caudillo de tan grandes hombres.

Vedle! En el alta loma
Ya los jardines de Tetuan domina:
De Tetuan, la de noche, blanquecina;
La del dia á la luz, alba paloma.
Ay, avecilla! toma
Á otra region el vuelo,
Si te es áun dado desplegar las alas:
Tómalo ya! que el cazador te acecha,
Y es de muerte el alcance de su flecha,
Y es de exterminio el silbo de sus balas.

¿No es de Rios la hueste
Esa, que hiende el mar entre la bruma,
El mar, que áun lleva en su rabiosa espuma
De la borrasca la albicante veste?
Con el favor celeste
Venció sus iras todas;
Y de la escuadra de Bustillo al trueno
Y al rayo que abortaron sus cañones,
Rindió Guad-el-Jelú sus torreones,
Y humilde el rio la albergó en su seno.

Con ella reforzado
El castellano ejército, ¿qué importa
Que de su chusma en número no corta
Haya el muslim el número doblado?
¡En dia malhadado
Al campo habeis salido
Del pueblo ibero á recoger el guante,
Hermanos del Sultan, nietos de Reyes!
¡Tornad á vuestro harem, bravos Muleyes,
Que es mal Serrallo el que teneis delante!
*

Incontrastable valla
Fué ya *La Estrella* á vuestro rudo empuje:
Y si temible es Prim, leon que ruge,
Lo es O'Donnell tambien, leon que calla.
¿Á general batalla
Le provocais ahora!
Pues bien! ya bravo con vosotros cierra.
Ya al monte sube donde os vé apoyados:
¿Por qué retrocedeis? ¿Por qué espantados
Huís ante él á la fragosa sierra?

¡Destino es lastimero
Ceder, siempre ceder! pero áun no es tarde
Para de brio hacer un nuevo alarde,
Bien que en defensa de Tetuan postrero.
Volved con pié ligero
Al monte, abandonado
De España invicta por las haces fieras:
Congregad los dispersos escuadrones,
Artillad muros, erigid bastiones,
Disponed fosos, levantad trincheras.

Habeislo entrambos hecho?
Pues ya el bravo español sigue adelante,
Sin ser su paso á contener bastante
Agua á la cinta ó lodazal al pecho.
De su avance en acecho
Con silencio profundo
La artillería de la gente mora
En sus troneras su sazon aguarda;
Y al contemplarle á tiro de espingarda.
Grita el Califa del Imperio: *Ahora!*

—*Ahora, sí!* contesta
O'Donnell á su vez, del triunfo cierto;
Y con su hueste á pecho descubierto
Recibe el fuego que el cañon le asesta.
Ahora! por respuesta
Exclaman Ros, Galiano
Y Ustariz y otros mil, y *ahora!* en alta,
Fiera voz Prim repite, y arremete,
Y del moro cañon por el boquete
Del absorto Califa al campo salta.

Sigue tras él pujante
La hueste toda de la gran Castilla,
Y rompe y desbarata y acuchilla
Y arrolla cuanto encuentra por delante.
Ya Ahmet está distante,
Ya Abbás para su fuga
Alas al viento le pidió ligeras
¿De qué, pues, os sirvió, claros varones,
Artillar muros, erigir bastiones,
Excavar fosos, construir trincheras?

¡Oh, de España alta gloria,
Guerreros que en el siglo diez y nueve
Dais renovada en término tan breve
De vuestra antigua prez la ejecutoria!
Los mismos en la historia
Seréis que siempre fuisteis;
Los mismos que al Profeta debelasteis
De siglos ocho en la sangrienta zambra;
Los mismos que en las torres de la Alhambra
El estandarte de la Cruz clavasteis.

Ante su estrella ingrata
Sólo una voz el musulman profiere:
El fatídico y triste *Dios lo quiere*,
Que su albedrío y sus progresos mata.
Á la sierra inmediata
Huye entre tanto, y ciego
En su derrota su salud le fía:
Sierra en que el rastro de su sangre deja;
Sierra que él mismo apellidó Bermeja,
Profetizando su sangriento dia.

Qué resta? La Alcazaba
Todavía está en pié. ¿Será preciso
Arrasar la ciudad? ¿Cómo remiso
La hispana indignacion el moro agrava?
Ya la paciencia acaba,
Y, ó bien de su recinto
Abre al punto las puertas.... Mas ¿qué veo!
¿En ella él mismo con furor se ceba!
¿De ella en la sangre el bárbaro se abreva,
Y á la infamia la entrega y al saqueo!

No en vano de su frio
Centro elevó Guad-el-Jelú la frente,
Y en lamentable voz y son doliente
Desgarró con su llanto el pecho mio.
—«De España, exclama el rio,
Vengarse no pudieron,
Y en tí saciaron hoy su rabia impía!
Ellos debieran ser tus guardadores,
Y ¿ellos fueron ¡qué horror! profanadores
De tu nido y tu amor, paloma mia?»—

Ah! cese ya tu llanto,
Rio, agareno ayer, cristiano ahora;
Que España, de los fuertes domadora,
Cubre tambien al débil con su manto.
Ya su lábaro santo
En la Alcazaba ondea,
Signo de calma y redencion bendito;
Ya ante él encuentran en su trance crudo
La vida y honra proteccion y escudo,
Ya en él su lema *Tolerancia* ha escrito.

¡Oh gloria, áun más preciada
Que la adquirida en la mortal pelea!
¡Oh de la Inquisicion horrible tea,
Al soplo de los libres apagada!
¿Con que á la edad pasada
La nueva edad sucede!
¿Con que de Iberia el ínclito heroismo
Tenía un *más allá*! ¿Con que el hispano,
Tras vencer en la lid al africano,
Quiso áun más gloria, y se venció á sí mismo!

De su actitud benigna
Temiendo el moro el contagioso ejemplo,
Cerrar de Jano solicita el templo,
Y á demandarnos paces se resigna.
¿Será conducta digna
De un pueblo grande y noble
Al vencido humillar más de lo justo?
Ya en Samsá y en Guad-Ras la gloria pura
Subió de España á su mayor altura:
¿Miraremos la paz con ceño adusto?

¡Ay, que mi mente inquieta
La conquista no más ambicionaba!
Pero áun me es dado, si la lucha acaba,
Ser cantor de la paz y ser poeta.
Satisfaccion completa
Del recibido ultraje
Á España el moro por de pronto ha dado,
Y Europa grandes nos admira y buenos:
¿Qué le es un reino más ó un reino ménos
Al que así el de su honor ha dilatado?

¡Al suelo en que nacisteis
Volved, guerreros, ya! que allí os espera
La inmensa aclamacion de España entera,
Cuyo excelso renombre engrandecisteis.
Mucho por ella hicisteis,
Y mucho por vosotros
Se propone ella hacer. Ya el mutilado,
Ya el huérfano y la viuda en triste duelo
Ni á un pueblo ingrato acusarán, ni al cielo
De su pena y desdichas olvidado.

En la mortal palestra
Vuestra sangre á torrentes derramasteis;
Mas tambien presta á restañarla hallasteis
Con cariñoso afan la mano nuestra.
¡Oh digna y alta muestra
De un sentimiento acorde
Cuando es la patria quien su fibra ha herido!
¿Por qué en cuestiones mil de nombre vano
No ha de tener el corazon hispano
Idéntico afanar, igual latido?

Negra y crüel fortuna
Legó discordia al castellano suelo;
Pero áun nos deja compasivo el cielo
Una patria que á todos nos aduna.
Áun en España es una
La decision hermosa
De combatir y perecer por ella:
Àun forman trinidad augusta y pía
Religion, Libertad y Dinastía
En esa patria sacrosanta y bella.

¿Quién con horrible exceso
La volverá á ultrajar? ¡Ay del insano
Que aquí ó fuera de aquí, moro ó cristiano,
De su saña otra vez atraiga el peso!
¡Ay del muslim, si avieso
Á sus empeños falta,
Ó nueva lid suscita furibunda!
El testamento de Isabel primera
No está áun cumplido, y encontrar pudiera
Un albacea en Isabel segunda.

Á LA GUERRA DE ÁFRICA.

ODA

DE DON JULIAN ROMEA.

Te Deum laudamus,
Te Dominum confitemur.
Te æternum Patrem
Omnis terra veneratur.

Hora es ya de que cantes,
Pueblo español, al Dios de las batallas,
Que tus huestes triunfantes
Llevó, salvando las agrestes vallas,
Sobre alfombras de bárbaros turbantes.

Y cánticos entona
Á la Escogida que nació sin mancha,
Á tu santa Patrona,
Que hoy tus tendidos límites ensancha,
Añadiendo un floron á tu corona.

Nuestro escudo pisaron,
El poder español creyendo en tierra,
Y su triunfo cantaron,
Y al mirarnos llegar en son de guerra,
Con alarde feroz se amontonaron.

Y á unirse á los insanos
Hierros que apercibió la gente mora,
Vieron nuestros hermanos
Llegar tambien la peste asoladora
En alas de los vientos africanos.

Y con furia violenta,
Del huracan los ímpetus soltando,
Sañuda se presenta,
Sobre el cristiano ejército tronando,
Con majestad terrible la tormenta.

Mas nada los aterra;
Que por su patria y por su Dios combaten
En la africana tierra,
Y ni al peligro ni al sufrir se abaten;
Que es alto su valor, santa la guerra.

De sus viejas historias
Emulando una hazaña y otra hazaña
Y las pasadas glorias,
Con noble orgullo los contempla España
Contar por sus combates sus victorias.

Con la fe, que completa
El natural valor, sigue marchando.

Armada bayoneta,
Y el glorioso rumor los va guiando
De Túnez y de Orán y la Goleta.

Ved: salvando el recinto
De los breves y rudos horizontes
Con valeroso instinto,
Camino forman por los altos montes,
Á hierro abierto y con su sangre tinto.

Y la senda escalaron
Que del Negron entre el breñal se enrisca,
Y hácia el valle bajaron,
Y descubriendo la ciudad morisca.
Mil voces juntas: Tetuan! gritaron.

¡Señor, que así formaste
De gente nueva veterana tropa,
Y que así la probaste
Para que fuese admiracion de Europa
Y del pueblo de Agar noble contraste;

Señor, que así te empleas
En nuestro bien, aunque en tu amor profundo
Nuestros pecados veas;
Señor de los ejércitos y el mundo.
Una vez y otras mil bendito seas!!!

Ya la gente agarena
Junta todo el poder de sus legiones
En la campiña amena,
Y á la sombra se ve de sus cañones
Su muchedumbre que los campos llena.

El gran dia amanece:
Sobre el tapiz de la apretada escarcha
Un altar aparece,
Y á él nuestra gente silenciosa marcha;
Que allí el Señor su bendicion la ofrece.

Y rasgando su velo
Las pardas nubes por feliz auspicio.
Vió el africano suelo
Ofrecer para el santo sacrificio
Su luz el sol, su artesonado el cielo.

Sobre las cumbres canta
El coro de armonías celestiales;
Que ya la hostia santa
Al rumor de las músicas marciales
En manos del ungido se levanta.

Y las masas enteras
De aquellos esforzados batallones,
Del monte en las laderas,
Llenos de fe los bravos corazones,
Rinden á Dios sus armas y banderas.

Moros! ¿veis esas largas
Filas de bayonetas ahí rendidas?
Con lágrimas amargas
Vais á llorar al levantarse erguidas;
Que á daros van sus inmortales cargas.

Ya los espacios hienden
Del sonoro clarin los limpios ecos;

Y las masas se extienden,
Y del tambor á los redobles secos
Con sereno ademan su marcha emprenden.

Ay! que en vano se agitan
De sus trincheras tras la fuerte valla
Los alarbes y gritan,
Y en vano ardientes rios de metralla
Sus cien cañones á la par vomitan.

Redoblan sus amagos,
Y de su resonante artillería
Los bárbaros estragos,
Y allá va nuestra noble infantería
De roja sangre sobre hirvientes lagos.

Puesta su confianza
En el Dios de los orbes poderoso,
Con cristiana pujanza,
Á la voz del caudillo valeroso
Á los reductos moros se abalanza.

Ellos desde sus peñas
En ronco son con ímpetu cayeron;
Mas rotas sus enseñas,
Sus escogidos príncipes huyeron
Del rudo monte á las incultas breñas.

Y la infiel media-luna
Sirve de alfombra á nuestra gente brava
En la ciudad moruna,
Y al clavar su pendon en la Alcazaba,
Tetuan por Isabel! gritan á una.

¡Respeto al mundo imponga
De nuevo España, que en su empeño santo,
Y aunque el moro se oponga,
El laurel reconquista de Lepanto
Y la palma inmortal de Covadonga!!

¡Atribuladas gentes
De Tetüan, borrad de la memoria
Vuestros males patentes:
Esos, que veis llegar con tanta gloria,
Son generosos por que son valientes.

¿Los veis, los veis humanos,
Tras el fragor de la batalla impía.
Tenderos hoy sus manos?
Es que la Cruz del Redentor los guía,
Es que españoles son y son cristianos.

Vedlos, vuestros prolijos
Males, con santa caridad preciada,
Trocar en regocijos,
Y con el pan de su racion tasada
El hambre hartar de vuestros propios hijos.

Nietos son de los grandes
Soldados de Pavía y Cerinola,
De Clavijo y de Flándes,
Que la enseña llevaron española
Desde la mar ibérica á los Andes.

Esa, que veis erguida,
Y el blando soplo de la brisa inquieta,
No impone el homicida

Lema que os enseñó vuestro profeta.
El *muere ó cree* á la nacion vencida.

Es aquella bandera
Que entre los senos de sus pliegues anchos,
En su triunfal carrera,
Llevó del indio á los incultos ranchos
Activa ilustracion, luz verdadera.

¿Veis ese templo, alzado
En honra y gloria de la Vírgen pura,
De la mezquita al lado,
Recinto ayer de condicion oscura,
Y al verdadero Dios hoy consagrado?

No en África aparece
Como la hoguera que sangrienta brilla
Y amenazante crece;
Es el faro piadoso que en la orilla
Puerto y abrigo al navegante ofrece.

La idea representa
Que tantas glorias alcanzarnos pudo,
Y el universo cuenta:
Glorias que entre las barras de su escudo,
Nuestra España católica hoy ostenta.

Al fecundante rayo
De su luz, que las armas castellanas
Sacó de su desmayo,
En las sombrías rocas asturianas
Tremolaron las cruces de Pelayo.

Ella la santa guía
Fué que condujo nuestras huestes bravas
El memorable dia
En que el Octavo Alfonso hundió en las Navas
De los Califas la soberbia impía.

Ella la que llevada
Por la Reina Isabel, cual santo lema
En su pendon grabada,
El último floron de su diadema
Á vuestros padres arrancó en Granada.

Y ella la que hoy extiende
Sus alas, y cubriendo esas legiones,
Sobre ellas se suspende,
Y al tocar sus cristianos corazones,
Con la luz de la fe su brio enciende.

Entrad al santüario,
Y allí veréis la eterna maravilla
Que guarda en su sagrario:
Limpio fanal que ante los siglos brilla
Sobre las altas cimas del Calvario.

Abrid, abrid los ojos,
Y al ver la luz que vuestra vista asombre,
Confesaréis de hinojos
Al santo Dios que por salvar al hombre,
Su sien divina coronó de abrojos.

Al Dios de los cristianos,
Que guarda las espinas y las flores
En sus benditas manos,

Y ante el cual no hay esclavos ni señores;
Hay hombres nada más, todos hermanos.

¿No le veis en pro nuestra
Cómo de vuestras armas nos defiende,
Y, de su amparo en muestra,
Su lábaro inmortal alza y extiende
Sobre nosotros con su santa diestra?

Á su sombra vinimos,
Y del Negron las cumbres asaltamos,
Y en Tetüan vencimos,
Y en el ancho Guad-Ras os alcanzamos,
Y allí tambien las lunas abatimos.

¡Señor, que así te empleas
En nuestro bien, aunque en tu amor profundo
Nuestros pecados veas;
Señor de los ejércitos y el mundo,
Una vez y otras mil bendito seas!!

Ya que en la ruda prueba
En tu nombre santísimo vencimos,
Danos por gracia nueva
Que la vida que á América le dimos,
La líbica region ahora nos deba.

Nuevos lauros y bellos
Ceñirá así tu España victoriosa,
Pues hay para obtenellos
Gente, como la antigua, valerosa,
Y bravos capitanes como aquellos.

Y tú, Señor, lo sabes:
El valiente caudillo que los guía,
En sus intentos graves,
Si de la prueba amaneciese el dia.
Sabrá como Cortés quemar las naves.

Mas ya, Señor, que alzamos
La ultrajada bandera castellana,
Y nuestro honor lavamos,
Y en pos del triunfo con piedad cristiana
La mendigada paz les otorgamos;

No del hierro iracundo,
Todo, Dios de bondad, lo aguardaremos
De tu dogma fecundo:
Tu Cruz de redencion tremolaremos,
Y en ella va la libertad del mundo.

Y si hay un pueblo acaso
Á quien la luz de nuestra gloria ofende
En el presente caso,
Y sin derecho ni razon pretende
Á nuestras gentes atajar el paso;

Recuerde su jactancia
Que solamente el pundonor se doma
Y la ibera arrogancia
Como el Senado atónito de Roma
Triunfó aterrado en la inmortal Numancia.

Á ESPAÑA

VICTORIOSA Y TRIUNFANTE DEL AFRICANO,

CON MOTIVO DE LA TOMA DE TETUAN.

ROMANCE HEROICO

DE D. AIMUNDO MIGUEL.

Quæ regio in terris nostri non plena laboris?
... Sunt hic etiam sua præmia laudi.

VIRG. ÆNEID. LIB. 1. v. 460 y 461.

Regalo celestial, fiel mensajero
Del gozo y del dolor, eco del alma.
Intérprete á la vez de sus martirios,
Ó del júbilo extremo que la embarga:
Divino llanto, ven, ven á mis ojos,
Y tu raudal dulcísimo desata!
Ya no puede caber dentro del pecho
Más tiempo el regocijo. ¡Cuál batalla
Mi espíritu abrumado! ¡Cuál quisiera
Sus prisiones forzar, y sin las trabas
Del vil, terreno lodo, las celestes
Regiones trasponer, pulsar el arpa
Del alto querubin, y con no oidos

Acentos inmortales, de la patria
Poder al mundo trasmitir las glorias
En cánticos de amor! ¡Dadme palabras
Que alcancen á expresar tanta alegría!
Dadme voces que igualen á mis ánsias!
Pero ¿cuál pueblo, cuál, tendrá un idioma
Capaz de producirlas ó idearlas?
Palabras! voces!... No; dejad que sienta,
Dejad que llore y que traduzca en lágrimas
El inmenso placer cuyas dulzuras
Retratar no sabria lengua humana.
Iberia! amada Iberia! ¡ cuán hermosa
Te ofreces á mis ojos! ¡ Cuál resalta
En esa noble faz, ayer marchita.
El vigor juvenil con que levantas
La altiva frente, de perenne lauro
Cien veces y otras ciento coronada!
Yo te ví cual decrépita matrona,
Pudiendo apénas afirmar la planta,
Una vida vivir penosa, triste,
Semejante á la muerte. ¿Qué esperanza
Debia acariciar el amor mio
De verte renacer? Mas, ay! liviana
Esa adusta nacion, que en otro tiempo
Unciste al carro vencedor, y al Africa
Lanzaste para siempre, quiso imbécil
Herir tu dignidad. La temeraria
Osó á tu nunca mancillado escudo
Llevar la mano impura.—Mutilarla
Pudiste en el momento; pero noble,
Magnánima cual siempre, la venganza
Resuelves diferir, si el negro ultraje
Su vil profanador cuerdo repara.

Oyó tus quejas... ay! mas el impío
Recóndito mantiene en las entrañas
Su heredado rencor. Miente disculpas,
Falaz y astuto, con promesas vanas
Te quiere adormecer, y su perfidia
Concierta un plan de iniquidad.—Exalta
Del indómito vulgo el fanatismo:
Con los rayos celestes le amenaza,
Si al pacífico hogar vencido torna
De aquella guerra que apellida santa.
Contúrbase el infiel, teme las iras
De Dios y del Sultan, corre á las armas
El siervo envilecido. Se figura
Que con voz tronadora le demanda
Raudal copioso de cristiana sangre
Iracundo el Profeta. Desentraña
Las leyes del Koran...—Fascinadora
Celestial y sublime, le arrebata
La bella imágen de la hurí mentida
Que dulces premios al creyente guarda.
«En la muerte el amor! gritó el impío:
«En la vida la gloria y la venganza!»

El bárbaro señor rie midiendo
La fuerza de los móviles que arrastran
Al torpe musulman. «Leones, dice,
¡Poner puedo leones en campaña!»
Contempla luégo el atezado rostro
De los hijos de Agar... ¡Cuál se retrata
La sed de sangre en el tremente labio,
Y la fiebre sensual en las miradas!
Libra el triunfo en sus ágiles peones
Y en los finos corceles de la Arabia,

Terror un dia del romano imperio,
Fatal aparicion en las batallas;
Y pesando soberbio la grandeza
Del poder africano en la balanza
De su loca altivez, el imprudente
Se rie de tu afan cuando reclamas
Un justo desagravio... Y cual de pronto
Mortífero cañon tal vez estalla,
Si el preñado metal lleva en su seno,
Al tocarle la tea, doble carga:
Así, de noble indignacion henchido
Tu seno entónces con vileza tanta,
Tronaste furibunda, y « Guerra á muerte! »
Gritaste al cabo. de sufrir cansada.

Oyéronlo tus hijos, y agrupados
En torno de la madre que idolatran,
Olvidan sus rencores, desparece
La discordia fatal, avergonzada
De su propia figura: son hermanos,
Se buscan y se acercan y entrelazan
Las manos cariñosas, y vencidos
Del amor fraternal, juran en aras
Del santo patriotismo en una sola
Fundir sus voluntades. Dulce patria!
Cuán bella estás ahora! qué imponente!
¡Cuán digna de loor y remembranza
Juzgarán tu virtud, andando el tiempo,
Las edades futuras! Impulsada
Por motivos honestos, cuando un dia
Contemplen de tus hijos las hazañas
Y santa abnegacion: cuando el discurso
Ni recelos, ni enconos, ni bastardas

Pasiones extravíen... ¡cuál entónces
Crecerán los aplausos y alabanzas!

¡Bendita tú, progenitora ilustre,
Mansion fecunda de tan noble raza!
¡Benditos ellos, que á tan alta madre
Su tierno amor sin vacilar consagran!
¿Quién de orgullo latir no siente el pecho,
Mirándose español? Rasgó villana
Tus fueros la morisma; y como suelen
Á huertas, prados, valles y montañas
Del sol de Abril los bienhechores rayos
La vida devolver; y cual desatan
Ya del alto quejigo los renuevos,
Ya del sauce las yemas delicadas,
Y allá su pompa el intrincado bosque,
Y aquí recobra sus perdidas galas
El ameno verjel, y de improviso
Por todas partes de verdor se cuajan
El monte, el llano y el inculto cerro
Que el suave aroma juvenil exhalan;
Así animaste de tus bravos hijos
El dormido valor, querida patria,
Con tu amoroso fuego, y á ser grandes
Tornaron con indómita pujanza.
Y el duro veterano cuya frente
Se abrasa entre la nieve de las canas.
El imberbe recluta, el aguerrido
Generoso adalid que en cien batallas
Vertió su sangre, el pensador profundo
Que en sus vigilias á la ciencia arranca
Los más hondos arcanos, el poeta
Que el raudo vuelo tiende por las altas

Regiones ideales, el que á impulsos
Del genio creador que le arrebata
Anima el lienzo, ó al inerte mármol
Imprime afectos que suponen alma,
El jóven afanoso á quien propicia
Franqueó las puertas de su augusto alcázar
La diosa del saber, el atezado
Rústico habitador de la apartada
Pacífica vivienda, el opulento
Que monta buques y palacios labra,
El santo sacerdote, el casto niño,
La tierna madre cuyo pecho alarman
Del bélico clarin los tristes sones
Y el ronco estruendo de marciales cajas.
La tímida doncella, hasta pura
Vírgen sencilla que en el claustro cambia
Por su dulce prision los atractivos
Del vano mundo con sus pompas vanas,
Todos, todos de súbito revelan
El patriótico ardor que los inflama.
Y así como en un campo de amapolas,
Ofrecido á la vista en lontananza,
Bajo el manto de púrpura se pierden
Los variados matices de las plantas,
Y á los ojos no llegan otras tintas
Que el color uniforme de la grana:
Así quien viera los hispanos pueblos
En esos dias de concordia santa,
Ni bandos ni ambiciones ni miserias,
Ni rencores ni celos encontrara;
Que el dulce patrio amor los corazones,
Apagando los odios, avasalla.
Deten tu carro volador, oh tiempo!

¡Deja que pueda en deliciosa calma
Gozar del espectáculo sublime,
Que al mundo ofrece mi querida patria!...
Mas, ay! aunque tus horas fugitivas
Pulvericen las torres encumbradas
De los regios alcázares, y al ponto
Nuevos límites dén y nuevas playas.
Y la grey escamosa habite un dia
Donde hoy anida la paloma casta;
Aunque logren cambiar la faz del mundo
Con su invariable y destructora marcha,
Jamás de Iberia el esplendente cuadro
Borrar podrán de la memoria humana.

Pero ¿qué inusitadas armonías
Al oido de súbito regalan!...
«España!» dice el invisible viento,
«España!» el ave que cantando pasa,
«España!» grita el murmurante arroyo.
Jugueteando lascivo con la grama.
—Dulcísima ilusion! bella quimera!
Pero ¿fué engaño mio? No, las auras
Repitiéndolo van. Ya sus cien lenguas,
Que cien idiomas diferentes hablan,
Veloz cruzando el anchuroso mundo,
Por él agita la parlera fama,
De la helada Siberia al promontorio
Donde tiene el britano su atalaya.
Centinela avanzado que de Calpe
Con ojo atento los confines guarda:
Del Cáucaso nevado hasta la orilla
De la opuesta region, por donde arrastran
El Támesis y el Ísis al temido

Cercano mar sus confundidas aguas;
Del Ródano fecundo en las riberas,
Del Rhin estrepitoso en las comarcas.
Del Sena y Tíber en los frescos valles,
Y allá en los hielos del remoto Kara.
Prepotente y glorioso cual un dia
Resuena el nombre de la invicta España.

Aquí respeto infunde, allá pavura;
Mudas de asombro, su poder ensalzan
Orgullosas naciones, que otro tiempo
Con labio indiferente la nombraban.
De dónde tanta prez? ¿Cómo radiante
De gloria y de esplendor hoy se levanta
La reina de dos mundos! Ah! seguidme.
Venid conmigo á las ardientes playas
Del confin africano. Deteneos
En aquella region donde con saña
Revienta el mar, y con estruendo horrible,
De una hispana ciudad en las murallas
Y pardos torreones... Patria mia!
¡Allí comienza la epopeya santa
Que te ha regenerado! ¡Cuántas penas,
Qué de lúgubre llanto acumulaba,
Contrariando tus fines, implacable,
Maléfico el destino! ¡Qué desgracias
Probaron tu virtud! El fiero Eolo
Que á su placer en los nublados manda.
Ya el rugiente aquilon desencadena,
Ya el proceloso vendaval desata.
Muere la luz, y las preñadas nubes
Con horrísono estrépito se rasgan.
De Pirra y Deucalion la edad funesta

Diríase que trágica tornaba.
Los reales son un mar, y en él revueltos
Caballos, tiendas por do quier naufragan.
Tal ruedan las encinas cuyo tronco
Perdonó la segur en la hondonada,
Si espumoso torrente en su camino
Despeñado del monte las alcanza.
Con insano furor en sus dominios
Acaudilla Neptuno las borrascas,
Y al contacto fatal de su tridente,
Soberbias mugen las hirvientes aguas.
Cual corcel desbocado que sin freno,
Semejante al relámpago se lanza,
Y en el férvido impulso que le agita.
Ningun tropiezo á detenerle basta,
Jarales, setos y vallados rompe,
Torrentes, breñas y barrancos salta,
Y ni ve ni presiente el hondo abismo
Donde al fin le derrumba su arrogancia:
Así, roto el timon, el frágil leño
Veloz contra el escollo se dispara,
Y crujiendo de súbito, las olas
En triunfo llevan las deshechas tablas.

Átropos, á su vez, fria, impasible.
Dirige al campo la insidiosa planta;
El Contagio con ella, que cobarde
Se guarece á la sombra de la Parca.
Mezclada con los héröes discurre
De tienda en tienda la implacable hermana
De Cloto y de Laquésis, y mil vidas
En flor destruye su tijera aciaga.
Y cual suele tal vez en noche oscura,

Silenciosa y glacial entre las ramas
Del ingerto frondoso cobijarse
Latente niebla de maldad preñada.
Y al llegar el colono, por el suelo
Do quier las pomas esparcidas halla
Sin tiempo ni sazon, y nuevas ruinas
Aumentan su pesar cada mañana;
Así el caudillo del cristiano pueblo,
Recorriendo las huestes desoladas,
Nuevas víctimas llora, que sucumben
Con muerte indigna de sus prendas altas.
Por las mudas trincheras entre tanto
Silbando el plomo vengativo pasa:
Nádie sabe decir de dónde vino,
Ni cuál mano traidora lo dispara.
No de otra suerte el impetuoso rayo
Los altos robles seculares raja,
Y al volver la cabeza estremecido,
Sus estragos no más el pastor halla.

Qué delito, gran Dios, armó tu diestra?
¿Qué crímen cometer pudo mi patria,
Que en tu cólera así contra el hispano
Concitaste, Señor, desdichas tantas!
Pero no fué la ira; fué el designio
De probar su virtud, purificarla,
Y mostrar á las gentes ¡cuánto pudo
Con su heroismo la gigante España!
Si cielo, tierra, mar en su rüina
Conspiran á la vez, ella desarma
Su impotente furor; lucha, persiste.
Y un dia al cabo la victoria alcanza.
Ese de Anghera pavoroso risco,

Del sombrío Negron la ruda falda.
Bullónes, Gelelí, los Castillejos,
Y el mal guardado muro de la Aduana.
Páginas de oro son que perpetúan
En el suelo africano sus hazañas.

De la esclava Tetuan á siete millas
El ejército hispano se adelanta,
Precedido de Marte. Veinte veces
En treinta soles, con salvaje rabia
Lanzándose al combate el bedüino,
Tentó impedir su vencedora marcha.
Empeño inútil! Otras veinte roto
Volvió á los bosques á ocultar su infamia,
Y cede el campo al español, que firme,
Rompiendo breñas, sin cejar, avanza.—
Huid, monstruos, huid. Esos que ahora
Derechos van á la moruna plaza
Con ardor generoso, de un ultraje
Resueltos á vengar la negra mancha,
Los mismos son que de Tolosa un dia
Con tanta gloria en las famosas Navas
Cien mil sepulcros á cien mil infieles
Cavaron en la arena ensangrentada:
Los mismos que la sierva media-luna
Rindieron en Orán, do la Cruz santa
Conquistó las mezquitas, por Cisneros,
El ungido de Dios, purificadas.
Los que en Guadix y en Loja y Almería
Y en Málaga y Baeza y en Alhama
Terror y espanto á vuestros padres fuerón
Tras luengos dias de memoria infausta:
Los que el noble y perínclito Gonzalo,

Reinando otra Isabel en las Españas,
Tantas veces condujo á la victoria
Del rico Bétis en las verdes playas:
Los que de Ben-Hamet el alto solio
Triunfadores hundieron en Granada,
Cerrando al fausto y al placer sus puertas
La bella y rica y misteriosa Alhambra:
Los mismos, ay! cuyos famosos tercios
Y potentes galeras renombradas
Conquistaron despues tantos laureles
En Lepanto y en Flándes y en Italia.
No vayais á medir, desventurados!
Otra vez vuestras armas con sus armas.

Consejo estéril! Á la lid cruenta
La orgullosa morisma se abalanza...
—Ya retumba el cañon, ya varoniles
Nuevamente los pechos se encorajan
Á la voz del clarin, que incitadora
Por las mudas hileras se derrama.
Del hispano heroismo se hace digna
La fiereza sublime y temeraria
Del rudo musulman. ¡Cuál unos y otros
Se miran, se aborrecen y se aguardan!
Ya corren implacables al encuentro,
Ya intrépidos acortan las distancias,
Ya el ángel precursor del exterminio
Iracundo sus víctimas señala.
Y cual fieros leones se aproximan,
Y se buscan, se encuentran y se atacan,
Y se hieren y oprimen y degüellan,
Y con ciego furor se despedazan.
El horrísono estruendo de los bronces

Y la densa humareda que levantan
Aquí y allí sus infernales bocas
Cuando truena la pólvora inflamada,
Ni deja oir los lastimeros ayes
Del mártir que sucumbe, ni las varias
Escenas espantosas ver permite
De aquel sangriento y formidable drama.
Los ojos nada ven; pero hacinados
Obligan á ladear la incierta planta
Cadáveres y heridos y armaduras
Y alfanjes y gumías y espingardas.
Horror! Horror!... por donde quiera sangre
Y hierro y fuego y confusion y alarma
Y miembros esparcidos y dolores
Y lamentos y gritos y amenazas.
Al ver tanto destrozo y tanta ruina,
Y tanta mortandad y tanta saña,
Diríase que Dios borrar del mundo
Queria vengador la especie humana.

Pero ¿no oís? no oís?.... ¿Qué nuevo caso
Tales gritos y plácemes arranca
De pronto al español?—Ah! ¡de Castilla
Campea el estandarte en la forzada
Trinchera del infiel! «Viva la Reina!»
Gritan mil y mil voces: «Viva España!»
Y esa mágica voz por los dos campos
Con efecto distinto se propaga.
Sorprende al consternado ismaelita,
Fulminando terrífica la espada
Del impávido Prim, que á los reductos
Cual ser invulnerable se adelanta.
Á su glorioso ejemplo cien valientes,

Cien bravos catalanes que las armas
Empuñaron ayer, y en la palestra
Por vez primera su coraje ensayan,
Ganosos de renombre en pos del jefe
Que el altar de la gloria les señala,
Se arrojan al fragor, y enardecidos
El ancho foso y parapeto saltan.
Con rara intrepidez cunde en los pechos
La santa emulacion. Al ver su audacia,
Las huestes todas que el ansiado instante
De volar al peligro sólo aguardan,
Movidas por sus ínclitos caudillos
Entre un diluvio de candentes balas,
Dignos hijos del Cid, en un momento
Trasponen la temible empalizada.

Cual del alto Pirene en los confines,
Si los hielos el ábrego desata,
Crecer se ven los desbordados rios
Lanzándose por campos y llanadas,
Y en su furia indomable, con asombro
Del pastor que contempla la pujanza
Del tremendo aluvion, crujen los puentes,
Desparecen ganados y cabañas,
Plantíos y viñedos, y no hay dique
Ni barrera ni muro que no caiga
Con terrible fracaso al fiero empuje
Del soberbio elemento que le ataca;
No de otra suerte el victorioso hispano
Por el campo enemigo se dilata.
Fulmina vengador, y en su carrera
Cuanto quiere oponérsele naufraga.
Camellos, armas, tiendas, todo es suyo;

No han podido salvar de la borrasca
Los rotos musulmanes ni áun el regio
Temido pabellon de Muley-Abbas.
¡Colinas de Tetuan, eterno oprobio
Del hijo del Profeta! Inmóvil Átlas!
¡Jamás, desde que Dios del negro cáos
Al eco creador de su palabra
El mundo hizo brotar, de igual derrota
Testigos fuisteis con vergüenza santa!

Do quier deshechas las compactas haces,
Sin aliento los jefes que las mandan,
¡Cual manada de ciervos que de pronto
Del sañudo leon vieron la garra,
Así por valles y enriscadas lomas
Llevados del pavor suben y bajan
Caballo y caballero. Y en su fuga,
Los gemidos del viento en la enramada,
La sombra de un arbusto, el solo roce
Del inútil alfanje con las zarzas,
El salto temeroso de una liebre,
El rumor que en su curso hacen las aguas
De los mansos arroyos, el graznido
Del carnívoro buitre que resbala
De un cerro en otro cerro, alborotado
Del sangriento festin con la esperanza,
Todo, todo en redor, su aliento mismo,
Los turba y amedrenta y anonada.
Y es tanto su pavor que ni áun se atreven
Á volver hácia el campo sus miradas
Para dar un adios á los lugares
Que el hispano campeon les arrebata.
¡Así tiembla de noche el rapazuelo

Que aturdido se aleja de la casa,
Donde al crédulo vulgo se aparecen
Formidables visiones y fantasmas!

Huid, míseros! Ay! mandad que cierre
Sus dobles puertas la ciudad profana.
Decid á Tánger que refuerce al punto
Sus flacos rebellines y murallas...
Pero ¿qué ven mis ojos! El que ondea
Glorioso y triunfador en la Alcazaba
De la vecina Tetüan, decidme,
¿No es el invicto pabellon de España?
El mismo! sí! Conozco sus colores:
¡Aquel es el escudo de sus armas,
Y el pueblo musulman el que humillado
La noble enseña reverente acata!
¡Loor á los valientes, y al caudillo
Que auxiliado del Dios de las batallas,
Tantos dias de gloria dió con ellos
En cien combates á la madre patria!
Tejed coronas para ornar las sienes
Del valeroso ejército que guarda,
Custodio fiel, inmaculada y pura
Del pueblo hispano la brillante fama.
Por él cien veces del preclaro triunfo
Con honra y prez la vencedora palma
Vibró la Iberia, y sus hollados fueros
Con nuevo lustre y esplendor restaura.
Cual Fénix inmortal, de sus cenizas
La vemos renacer; y tanto se alza
Y encumbra y engrandece, que ya Europa
La contempla y admira estupefacta.
Ya del fecundo Ródano en la orilla.

Del Rhin estrepitoso en las comarcas,
Del Sena y Tíber en los frescos valles
Y allá en los hielos del remoto Kara,
Prepotente y glorioso cual un dia
Resuena el nombre de la invicta España.